

# LA CERÁMICA DE BARNIZ O ENGOBE ROJO DE MONTEMOLÍN (SEVILLA)

*Julián Mancebo Dávalos\**

*A Venancio Mancebo,  
que su vida sea un ejemplo de trabajo y sacrificio  
que nos acompañe diariamente en nuestra labor investigadora*

RESUMEN.— La excavación sistemática de Montemolín desde 1980 a 1987, ha aportado un variado y completo conjunto de materiales, entre los que destacamos para su estudio el correspondiente a sus cerámicas del Período Orientalizante, las denominadas como de engobe rojo, de origen claramente semita, y fechadas en nuestro yacimiento durante los s. VII y VI a.C.

Su estudio y encuadre tipológico serán los objetivos principales de este trabajo.

ABSTRACT.— The systematic excavation in Montemolín since 1980 to 1987 has given a rich and complete group of material, among these we take the ceramic ones belonging to the Orientalizing Period for their study, these are called red slip, whose origin is clearly semitic. They are dated in the VII and VI Centuries B.C.

Their study and classification are the main object of this work.

## Presentación

La publicación en 1959 por parte de Cuadrado, de cierto material que Cintas ya aseguraba como plato de barniz rojo procedente de Montemolín, y recogido por Collantes de Terán, es la primera noticia que tenemos del hallazgo de estas cerámicas en el poblado (CUADRADO, 1959), que, gracias a las excavaciones emprendidas desde 1980 por las profesoras Chaves y de la Bandera de la Universidad de Sevilla, han permitido confirmar la presencia de estos ejemplares (1984, 1986, 1988, 1990 y 1991), que, aunque no muy numerosos, nos han impulsado a realizar el presente estudio, para abordar la problemática tanto de la cerámica en sí, como de su significación y desarrollo en el contexto general del yacimiento, y sus relaciones con los asentamientos contemporáneos del Bajo Guadalquivir en Epoca Protohistórica.

## El barniz rojo en Montemolín

Este Complejo Arqueológico, ubicado en la ribera del Río Corbones, ocupa un cerro situado a 170 m. sobre el nivel del mar, y de coordenadas 5° 20' 6" longitud W. y 37° 18' 15" latitud N. (Fig. 1).

Su excavación, que se produjo de manera sistemática de 1980 a 1987, fue aportando datos suficientes como para constatar la presencia de un poblado de carácter marcadamente orientalizante, fruto de los contactos frecuentes con los elementos semitas asentados en el Sur Peninsular, y que se evidenciaron tanto en la adopción de formas arquitectónicas propias de la costa Sirio-Fenicia de los siglos VIII y VII a. C., como por el uso de cerámicas fabricadas con sus técnicas orientales, grises, pintadas, o de barniz rojo (Fig. 2).

Si bien las dos primeras campañas sirvieron para establecer las primeras secuencias estratigráficas del yacimiento, la abundancia de material, así como las nuevas estructuras que fueron surgiendo en las siguientes excavaciones, hicieron que las directoras de estos trabajos fueran reajustando sus bases cronológicas, llegando al conocimiento de estratos ibéricos que no habían aparecido en los primeros sondeos, y que dieron un

\* Departamento de Prehistoria y Arqueología. Universidad de Sevilla.

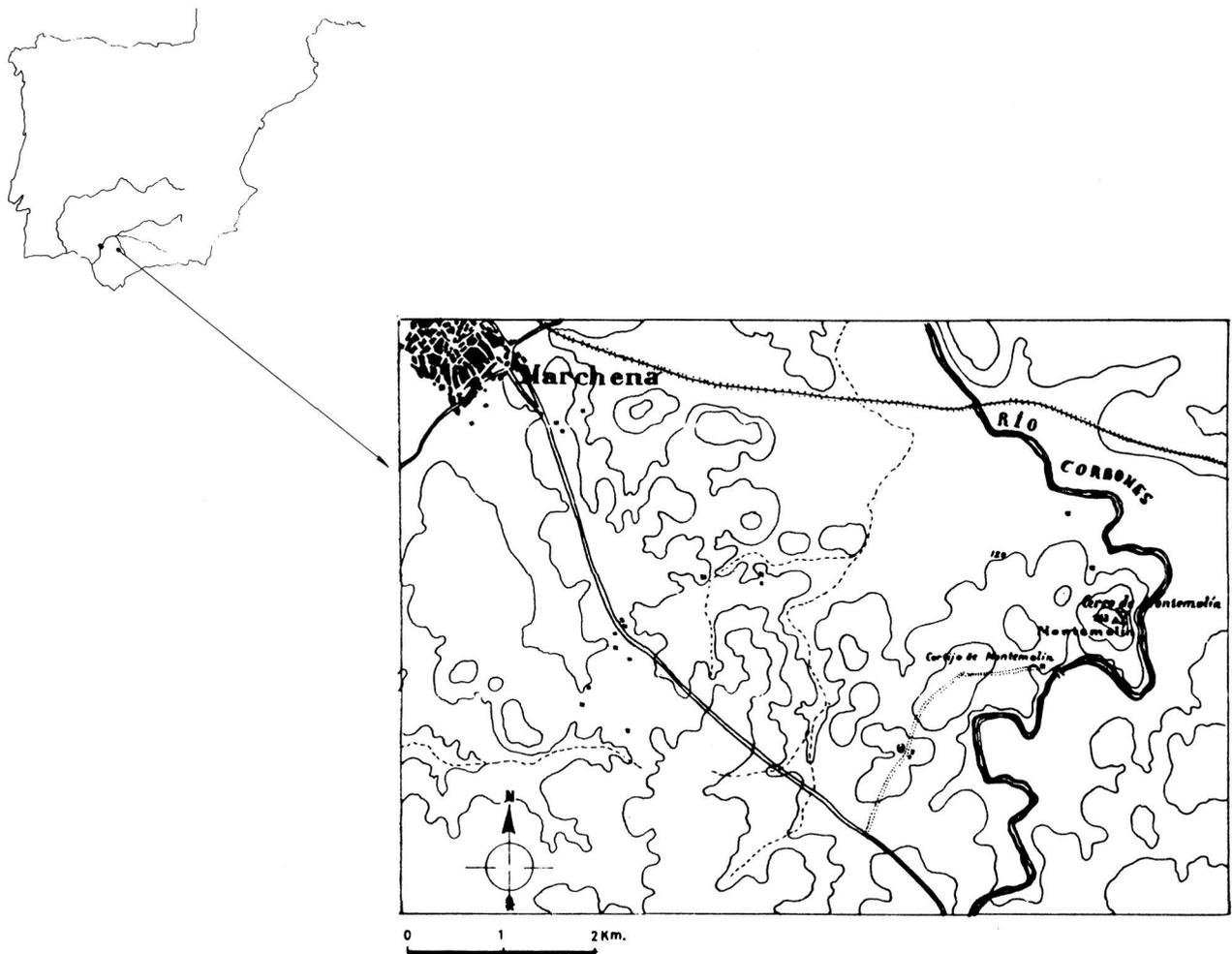


Figura 1. Situación del yacimiento (Y).

nuevo dinamismo al poblamiento del yacimiento en épocas prerromanas, así como ciertos niveles de saqueo en el sector oriental de la excavación, que alteró los estratos de ocupación orientalizante en esta zona. Por ello, y con base en las últimas investigaciones que se han practicado sobre los aspectos materiales del yacimiento (GARCÍA *et al.*, 1989; MANCEBO *et al.*, 1992 e.p.), estamos en condiciones de ofrecer la secuencia actual del poblado, en espera de nuevas campañas de excavación que puedan clarificar el desarrollo de la Fase V durante los siglos V y IV a. C. del asentamiento.

*Fase I:* Bronce Final del s. IX a.C. por los materiales cerámicos, bruñidos y toscos, del fondo de cabaña excavado en la roca detectado en el sondeo de 1981.

*Fase II:* Bronce Final Precolonial del s. VIII a.C., relacionado con la estructura circular documentada en la Campaña de 1987 bajo el Edificio A. Cerámicas bru-

ñidas y un fragmento de cuenco decorado con la técnica de "boquique". (CHAVES y DE LA BANDERA, 1981).

*Fase III:* Período Orientalizante de Montemolín:

A. Siglo VII a.C. Es el período de ocupación de los Edificios A, B, y parte del C. Sus materiales continúan la tradición anterior en sus cerámicas a mano, y surgen nuevos tipos a torno como las grises, o de barniz rojo.

B. Primera Mitad del Siglo VI a.C. Ocupación del nuevo Edificio D y final del C. Predominio de las cerámicas pintadas figurativas orientalizantes y de barniz rojo.

*Transición de la Fase III/B a Fase IV.* 550 a.C. Final de la utilización del Edificio D en el Orientalizante Pleno. Se constata un nivel de incendio semejante al que se observa en la mayoría de yacimientos protohistóricos en estos momentos, que marcan el final de su

ocupación, como en Peña Negra (GONZÁLEZ PRATS, 1983, 277), y que en Montemolín responde al comienzo de las refecciones de este Edificio D.

*Fase IV:* Segunda Mitad del s. VI e inicios del s. V a.C. Marca el Período Protoibérico del yacimiento, y acoge las últimas refecciones del Edificio D.

*Fase V:* Siglo V-III a.C. Ocupación ibérica en el sector oriental del yacimiento, con restos constructivos al norte y un área de saqueo al sur de éstos (GARCÍA *et al.*, 1989, 240).

### Tipología

El conjunto de cerámicas estudiadas en este capítulo permite destacar hasta seis tipos distintos de vasos, entre los que se distinguen varios subtipos o variantes dentro de esta modalidad de barniz o engobe rojo. Este tipo es el menos numeroso entre la cerámica de tradición orientalizante del poblado, aunque de vital importancia para analizar el comportamiento de nuestro yacimiento frente a los nuevos impulsos derivados de las colonias semitas, y confrontarlo con los resultados

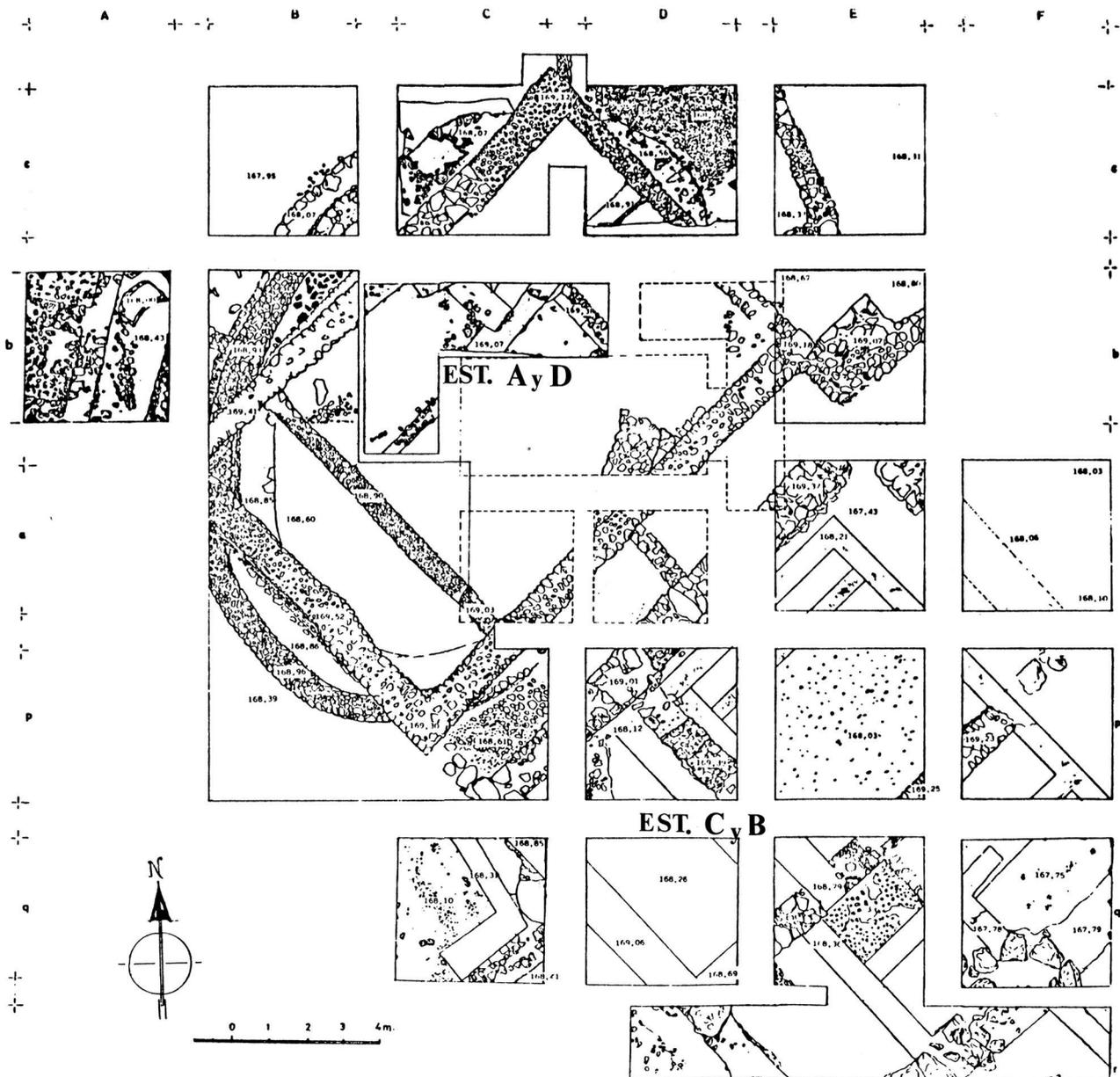
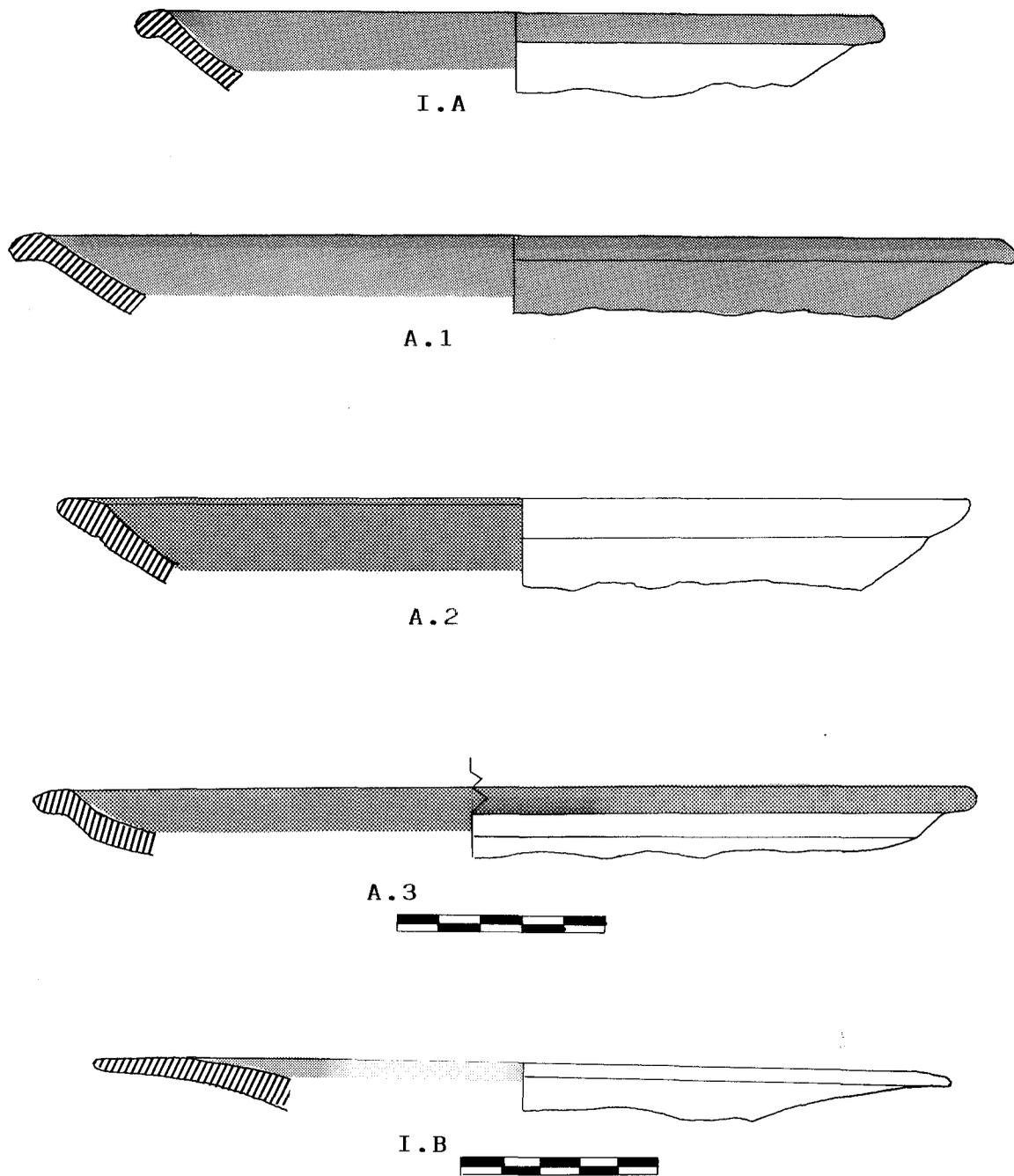


Figura 2. Plano General de Montemolín.



I . A

A . 1

A . 2

A . 3

I . B

Figura 3. Platos del Tipo I.

que se observan en el resto de poblados contemporáneos de Montemolín.

Para componer el siguiente estudio tipológico, hemos contado con los fragmentos que posibilitan el análisis de sus formas, principalmente bordes, ya que al tratarse del material correspondiente a un poblado, sólo hemos conseguido documentar un ejemplar completo, frente a lo fragmentado que aparecen el resto de las piezas. Hemos procurado también atender a los galbos, amorfos, cuando han permitido de algún modo su inclusión en alguno de los tipos detectados. Para su descripción y clasificación hemos recurrido además de las clásicas sistematizaciones de CUADRADO (1968) o NEGUERUELA (1979-80), a los estudios más recientes de RUIZ MATA (1986 a y 1986 b) y RUFETE (1989) realizados sobre este tipo de cerámica.

*Tipo I: Platos (Fig.3)*

Agrupamos dentro de este conjunto, una serie de vasos abiertos que presentan un borde exvasado y paredes que pueden o no llevar una carena marcada en su perfil. Desconocemos el tipo de pie que llevarían estos ejemplares, ya que no hemos podido contar para su estudio con ninguna pieza completa, por lo que no descartamos el uso tanto del pie marcado como de otros sin marcar, como los de Huelva (RUFETE, 1989, 376).

Distinguimos dos subtipos según la anchura del borde:

*I.A.* Sus diámetros oscilan entre los 20 y 24 cms, y se caracterizan por tener un borde inferior a 3,5 cm de anchura, con predominio de los de 1,2 cm. Presentan bordes exvasados estrechos y curvos, con formas suaves y poca profundidad. Llevan todos ellos barniz rojo por el interior, salvo dos piezas que también lo

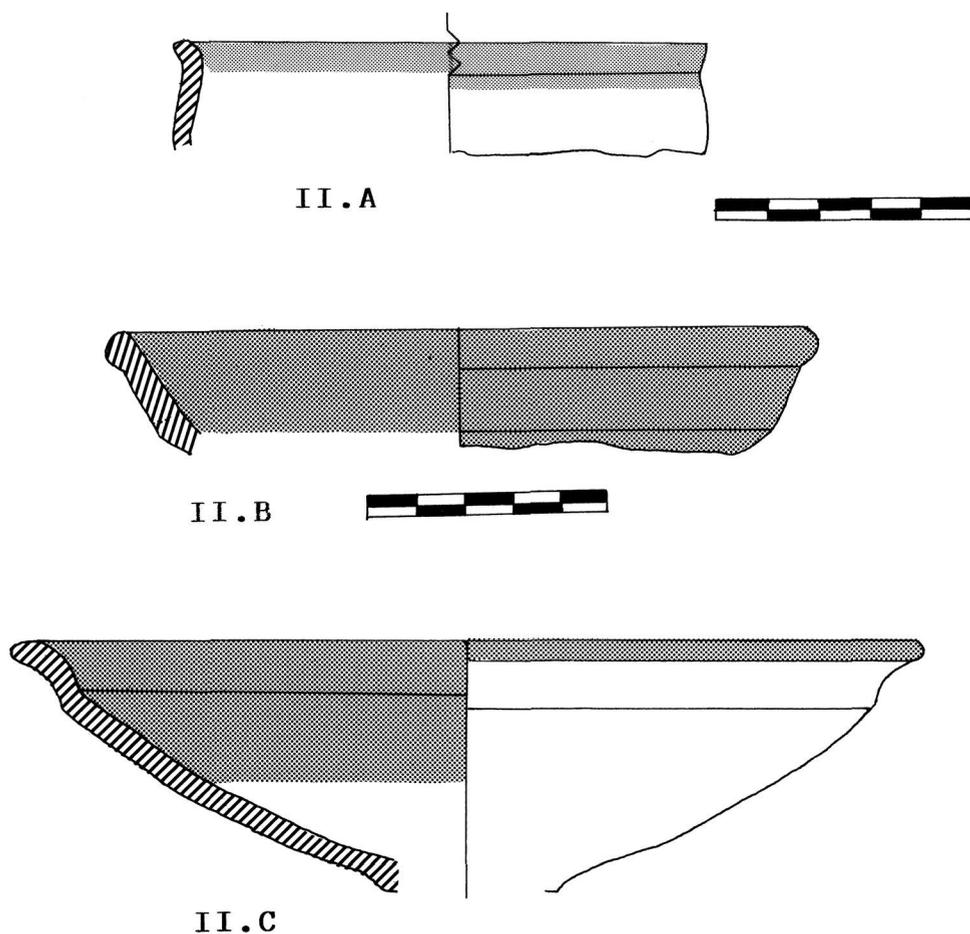


Figura 4. Cuencos del Tipo II.

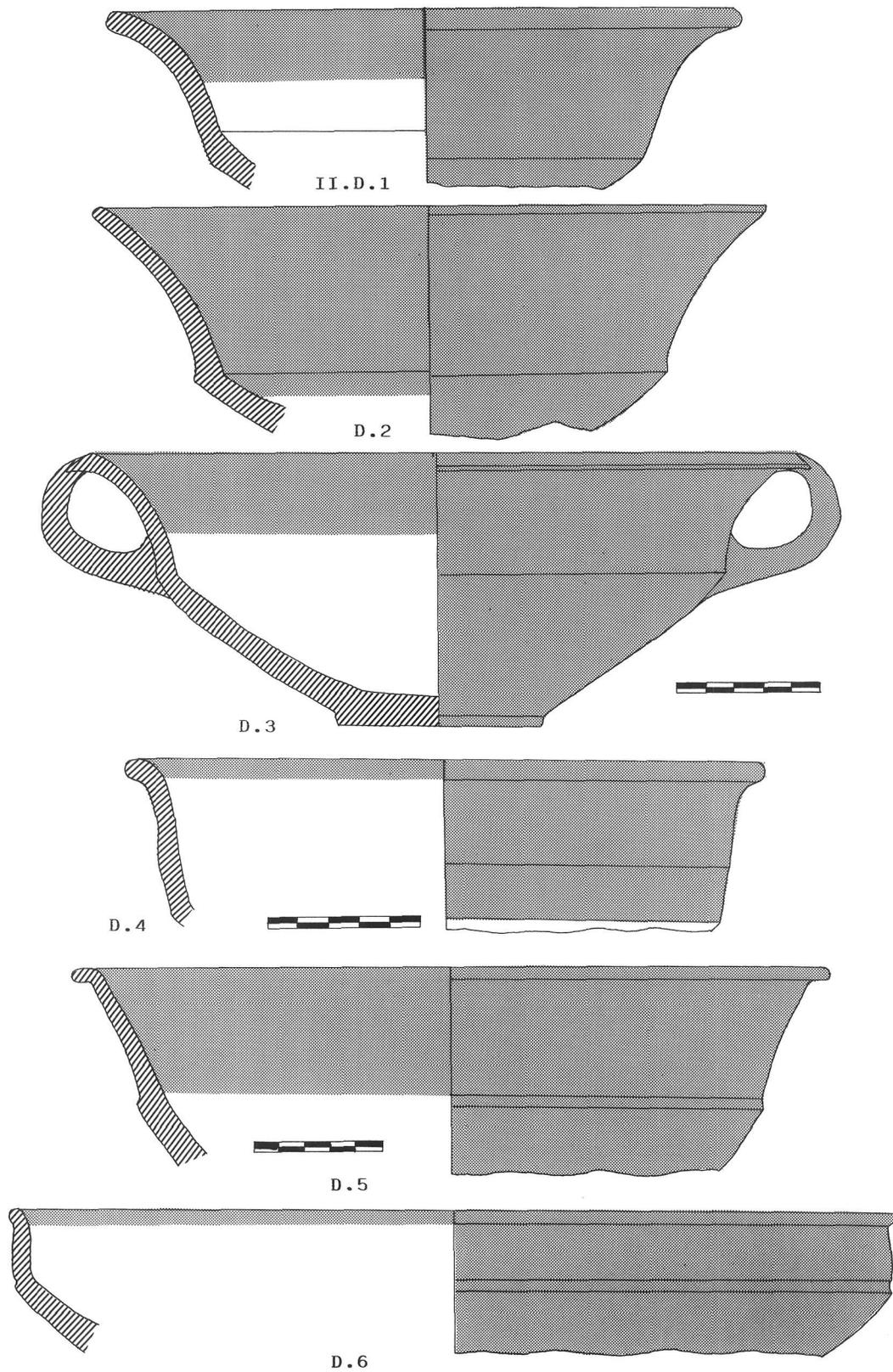


Figura 5. Cuencos del Tipo II.D.

muestran en el exterior, con tonalidades que van desde el rojo claro anaranjado al rojo castaño. Las pastas, de color crema o anaranjado, suelen ser depuradas.

Dentro del tipo I.A, hemos distinguido algunas variantes:

I.A.1. Se caracteriza por el empleo del barniz por toda la superficie, así como por la ausencia de rupturas en la curva de sus paredes y la presencia de un borde caído.

I.A.2. Marca el borde en su interior por una arista, mientras que su unión al galbo por el exterior presenta una pequeña inflexión o carena.

I.A.3. Uso de una carena externa para la unión del borde con el galbo.

I.B. Presenta un borde superior a los 5,50 cm de anchura, englobado bajo la denominación de plato de "Pabellón de Trompeta" por López Malax-Echeverría (1979, 30), con pastas depuradas de color crema y diámetro de 18 cm, dejando el exterior en reserva y el interior barnizado de rojo. Debido a la fragmentación de la pieza, no podemos precisar si marca la diferencia con el cuerpo, por el exterior o por el interior, con una arista o carena como los ejemplos de Huelva (Rufete, 1989, 376).

#### Tipo II: Cuencos (Fig.4)

Formas abiertas de bordes exvasados y uso frecuente de carenas para diferenciar el borde del resto del vaso. Se distinguen varios subtipos:

II.A. Tendencia hemisférica y borde diferenciado con perfil en S. Presenta el barniz, de tono rojo, en el borde y tercio superior externo del vaso. La superficie está poco cuidada, con pastas de color anaranjado y bien depuradas.

II.B. Cuenco carenado o pátera de borde abierto y extremo redondeado. De paredes bajas y carena marcada en el centro del vaso. Presenta barniz rojo por el interior y el exterior, con pastas depuradas y color crema. Su diámetro se sitúa en torno a los 14 cm.

II.C. Cuenco de cuello corto y cóncavo de carena alta. Su barniz, de color rojo, cubre la mitad superior del vaso por su parte interna hasta alcanzar el borde por su parte exterior. Su diámetro sobre los 18 cm, y presenta superficies cuidadas con pastas depuradas de tono anaranjado.

II.D. Cuencos carenados de paredes altas cuyo tramo de pared comprendida entre la carena y el borde tiende a exvasarse consiguiendo bordes salientes y en algunos casos aguzados. Son de mayor tamaño que los ejemplares anteriores, con diámetros que oscilan entre

los 20 y 28 cm, aunque pueden llegar a superarlos. El barniz, de tonalidades oscuras, cubre todo el exterior de la pieza, y suele dejar en reserva la parte inferior del vaso por el interior a partir de la carena.

Hemos distinguido seis variantes: (Fig. 5)

II.D.1. Carena baja marcada interior y exteriormente, con un borde de extremo redondeado. Sus pastas depuradas, de tonalidad anaranjada y factura cuidada.

II.D.2. De perfil semejante al anterior, presenta una carena más marcada al exterior, y su borde tiende a estrecharse hacia su final, terminando en un extremo más apuntado. El color de su barniz o engobe, tiende a imitar el rojo coral fenicio, y sus pastas, de color anaranjado, están menos depuradas que las anteriores.

II.D.3. Carena marcada más alta que los subtipos anteriores, y borde saliente que se exvasa para dejar un extremo aguzado. La particularidad que define sin embargo a esta variante, es el empleo de asas de sección circular, que parten de la carena hasta el borde del recipiente. Es el único ejemplar completo con el que contamos en nuestra tipología, y permite la identificación de un fondo plano y marcado del estilo de los vasos similares (aunque sin asas) estudiados en el Carambolo o Doña Blanca (RUIZ MATA, 1986 b, Fig.4, 5, 10).

II.D.4. Presenta una pared de tendencia más vertical, no tan exvasada, con borde saliente y una especie de doble carena al exterior, no tan marcadas como los otros subtipos. El barniz, de color rojizo, deja en reserva la parte inferior externa del vaso, y rebasa el borde por su cara interna para dejar el resto también en reserva. Sus pastas son poco depuradas y presentan un color grisáceo frente a las pastas claras de los ejemplos anteriores. Diámetro: 20 cm.

II.D.5. Pátera o cuenco carenado, de mayor tamaño (28 cm) con pared alta, inclinada al exterior y borde diferenciado plano de extremo redondeado. Presenta una carena bien marcada al exterior a modo de pequeño escalón que no se ve reflejado en su cara interna por línea de carenación o arista. Sus pastas, anaranjadas, están bien depuradas.

II.D.6. Cuenco de grandes proporciones (34 cm de diámetro) que presenta paredes de tendencia vertical con borde diferenciado y carena marcada por una pequeña acanaladura. El barniz, de un color rojo achocolatado, cubre todo el exterior de la pieza y rebasa, delimitando una pequeña franja, el borde por su cara interna.

#### Tipo III. Vasos de cuello cilíndrico o troncocónico (Fig.6)

No conservamos ningún ejemplar completo, por lo que para hacernos una idea de la forma de estos vasos, tenemos que recurrir a las urnas de este tipo halla-

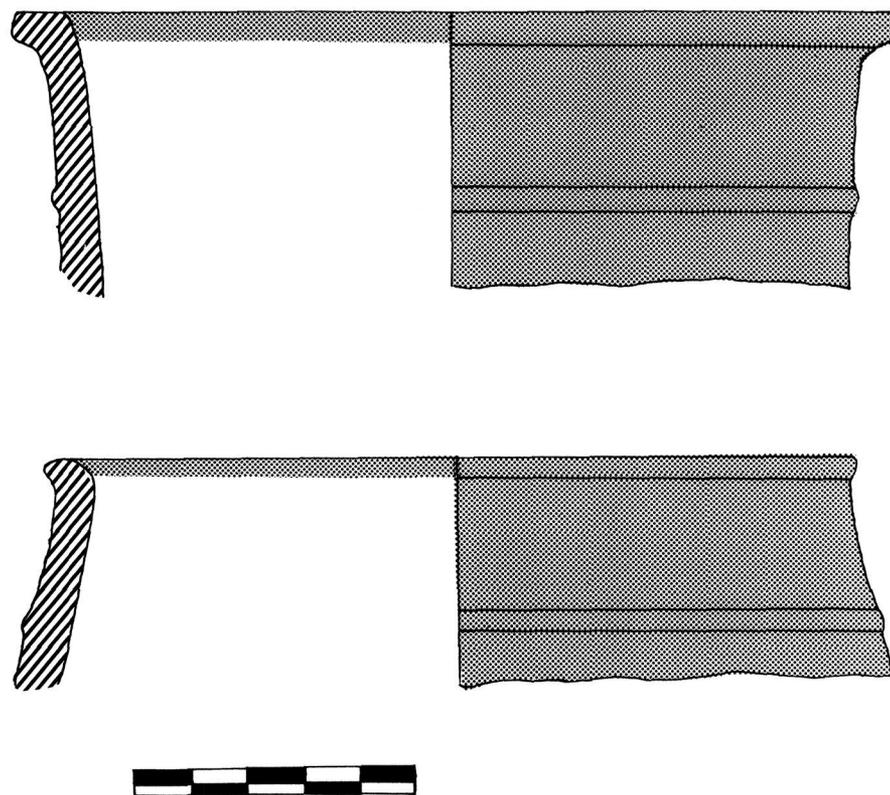


Figura 6. Vasos del Tipo III.

das en el Carambolo (RUIZ MATA, 1986 b, Fig. 11) o los *pithoi* y vasos semejantes de Doña Blanca (ibíd, 1986 a, 254-255), que permiten vislumbrar panzas de tendencia globular u ovoide que suelen llevar asas.

Las piezas de Montemolín nos presentan cuellos de tendencia vertical y baquetón central, con bordes exvasados que o bien se engrosan en su extremidad, o se angulan fuertemente al exterior. Sus diámetros oscilan entre los 14 y 20 cm, y el barniz, de tono rojizo, suele cubrir toda la superficie externa del vaso, limitándose en su interior a una pequeña franja en la zona superior del borde, y sólo en dos ocasiones lo cubre en su totalidad. Algunos fragmentos amorfos alternan las bandas en tono rojo coral con líneas negras al estilo de las piezas del Castillo de Doña Blanca (RUIZ MATA, 1986 a, Fig 6 y 8). Sus pastas, en general poco depuradas, presentan tonalidades que oscilan entre el crema y el anaranjado o rojizo.

#### *Tipo IV. Vasos de cuello acampanado* (Fig. 7)

Este tipo, usualmente denominado como vaso “à Chardon” o Tulipa, se caracterizan en Montemolín,

por su alto cuello acampanado o troncocónico, con bordes indiferenciados o ligeramente engrosados al exterior y diámetros que oscilan entre los 20 y 30 cms. El barniz es en muchos casos de poca calidad, y suele perderse en su contacto con el agua, por lo que en muchos casos sólo contamos con las huellas de su decoración, que aparece presente de forma indistinta tanto en su cara externa como por ambas caras.

Sus pastas alternan entre las bien depuradas, con desgrasantes finos y fabricación a torno, con otras realizadas a mano y otro tipo de desgrasantes de mayor tamaño. Indicar que debido a la fragmentación de las piezas, no sólo desconocemos el tipo de base que lo sustentaría, que suponemos de forma plana o cóncava (AUBET, 1976, 15), sino que, como señala esta autora, es fácil que algunos de los que consideramos como bordes de este tipo, no pertenezcan sino a otros tipos de vasos que ella denomina como “de Boca Ancha”, evolución de la anterior, o que pertenezcan a fragmentos de soportes de carrete, de los que en Montemolín no hemos diferenciado ningún ejemplar, quizás por este motivo.

Tipo V. Vaso Tulipiforme (Fig. 8)

Vasos de cuello estrangulado y borde vuelto con panza de tendencia globular. El barniz, de tono rojo, se aplica por el exterior en forma de bandas sobre la superficie del vaso. Son de reducido tamaño, con diámetros sobre los 14 cm. y de pastas bien depuradas de color anaranjado.

Tipo VI. Jarro boca de seta (Fig. 8)

Presenta pastas muy depuradas de color crema, y pudiera pertenecer a un gollete de este tipo de *oinochoe*, parte del cuello donde se ha conservado esta mol-

dura que para Negueruela obedecería más a impulsos de una moda fuertemente arraigada, que a los supuestos modelos metálicos donde actuaría como un refuerzo de unión (1983, 259 y 260).

En un principio, y debido a lo fragmentada que ha llegado hasta nosotros esta pieza, dudamos entre situarla dentro del tipo descrito, o más bien clasificarla como parte del gollete con anillo central de un soporte de carrete a semejanza de los ejemplares metálicos de El Carambolo (CARRIAZO, 1973, 321) o La Joya (GARRIDO y ORTA, 1978, Fig. 62). Sin embargo, gracias a un estudio más detenido de la pieza y de sus paralelos, nos hemos decidido a incluirla como parte de un *oinochoe* de boca de seta aunque con reservas.

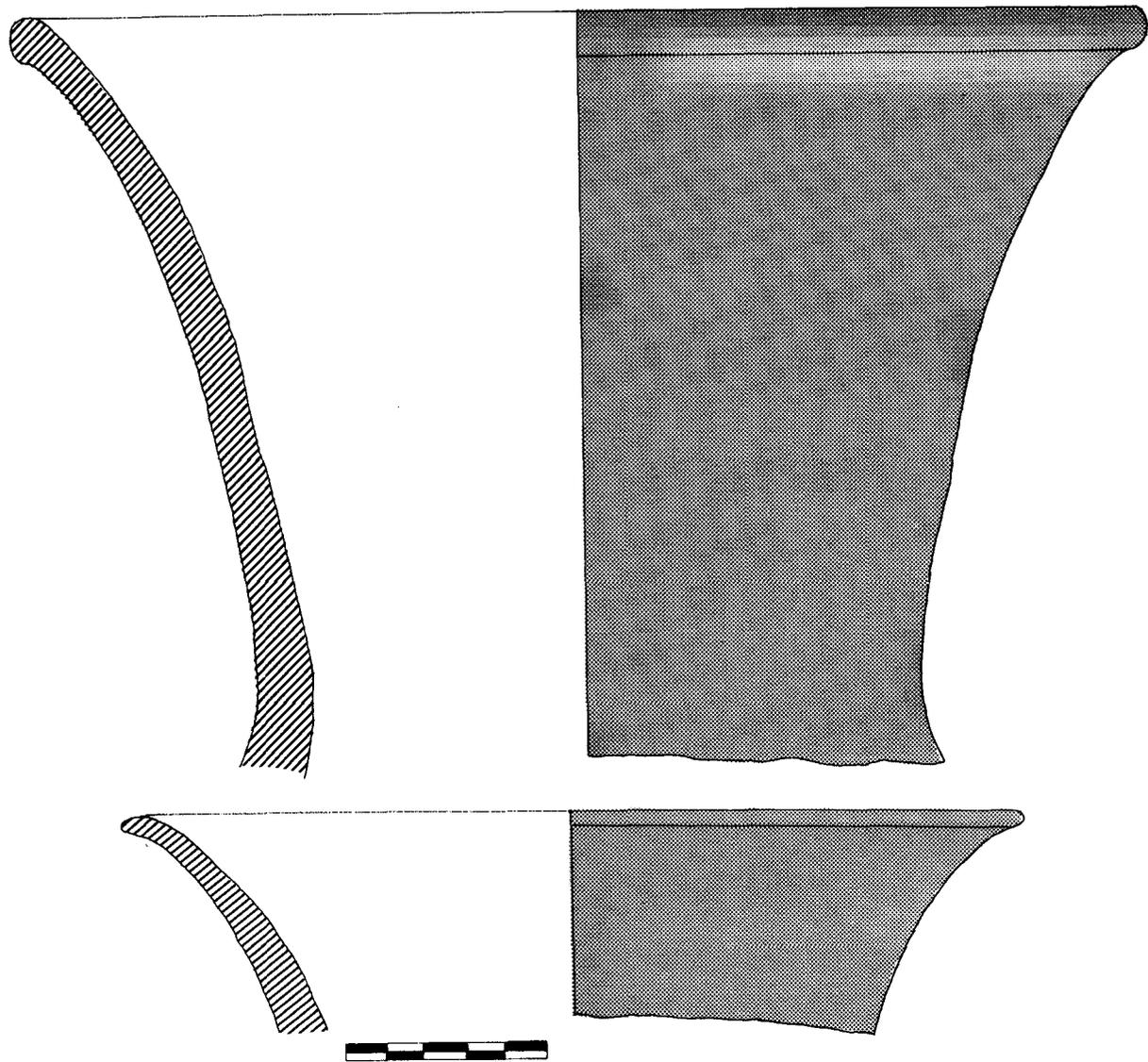


Figura 7. Vasos del Tipo IV.

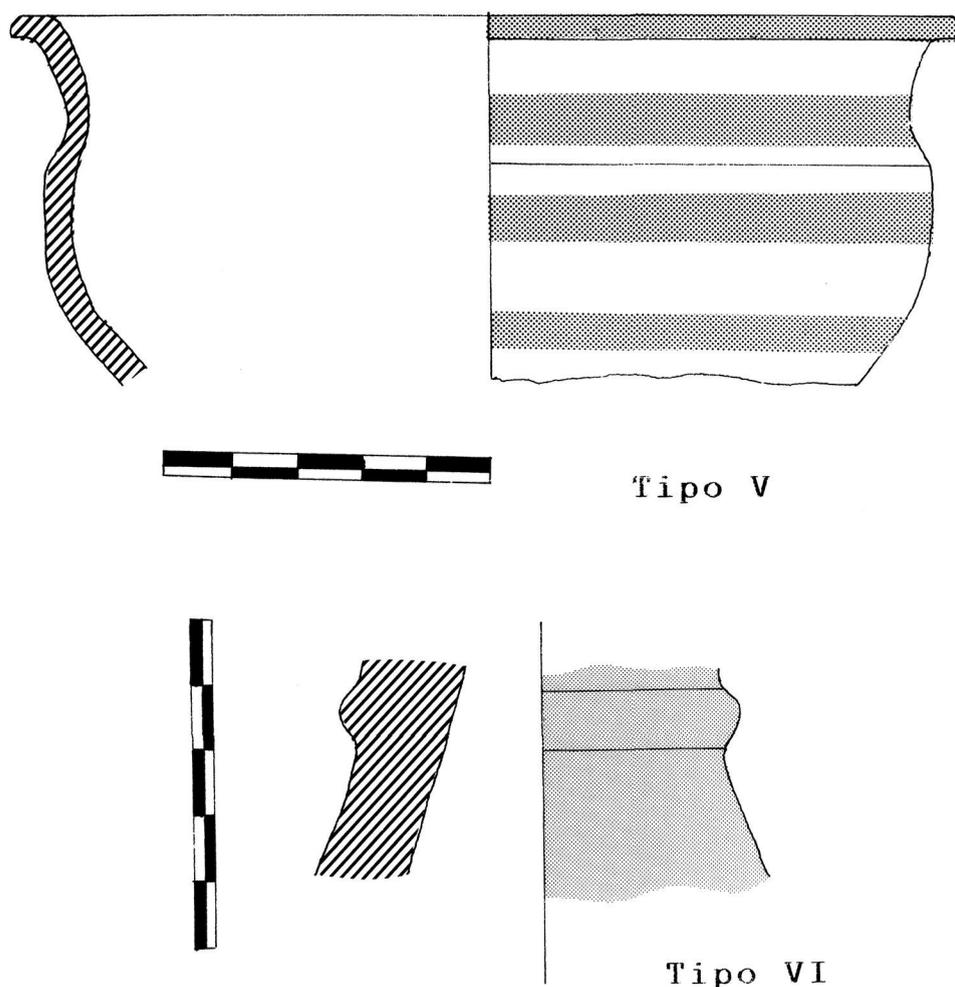


Figura 8. Vasos del Tipo V y VI.

### Cerámicas del s. VII a.C. (Fase III/A)

Hasta el momento, la zona del Edificio A es la que ha proporcionado los ejemplares de barniz rojo más antiguos del yacimiento, aunque hay que reseñar, que otras piezas, procedentes de la zona del saqueo posterior de época ibérica, pueden pertenecer al Edificio B (anterior en su construcción a la Estructura Circular A) y en el que sí tenemos constatada la presencia de recipientes de cerámica gris (MANCEBO *et al.*, 1992, 298 e.p.), o al Edificio C, que se le superpone.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Para una descripción detallada de la disposición urbanística de Montemolín y sus estructuras ver CHAVES y DE LA BANDERA, 1991. Una versión más resumida se encuentra en MANCEBO *et al.*, 1992 e.p.

Sin embargo, ante la imposibilidad de encontrar un marco adecuado estratigráfico para estas cerámicas hasta la conclusión de los trabajos de campo en este sector del yacimiento, hemos decidido analizarlos en un capítulo aparte.

En esta Fase III/A (Fig. 9), aparecen asociados los cuencos del tipo II.D, en su variante D.I, de extremo redondeado, con vasos de cuello cilíndrico (Tipo III) y fragmentos de cuellos acampanados (Tipo IV) que son los más numerosos en este período.

Cuencos de este Tipo II.D, que podemos asemejar al C.3.a de la clasificación de Huelva (RUFETE, 1989, 379), Tipo VIIIa de NEGUERUELA (1979-80, 343) o 9 de E. Cuadrado (1968, Fig.2), son frecuentes en yacimientos coloniales malagueños como Chorreras (AUBET *et al.*, 1979, Fig. 6), Mezquitilla (SCHUBART,

1986, Fig. 5), y Toscanos (SCHUBART y MAAS, 1984, Fig. 160), pero con bordes diferenciados al estilo de nuestros subtipos II.D.3 o II.D.5, y en ambientes que los sitúan en un s. VIII a.C. para sus inicios en los respectivos yacimientos, aunque también los tenemos dentro de un s. VII a.C., en ejemplos como la Tumba nº 4 de Trayamar (ibíd, 1984, 90).

Fuera de este ámbito, también aparecen en otros poblados coloniales de la zona del Estrecho, El Castillo de Doña Blanca, donde se dan en estratos pertenecientes a los s. VIII y VII a.C. (RUIZ MATA, 1986 a, Figs. 2 y 5).

En la zona tartésica, están presentes en los distintos sondeos efectuados en la ciudad de Huelva, en estratos fechados en el s. VII y primera mitad del VI a.C. (RUFETE, 1989, 390). Y en otros yacimientos como El Carambolo, donde ya otros investigadores han comentado la dificultad que entraña la localización estratigráfica exacta de estas cerámicas, y que parecen estar representadas en los s. VIII y VII a.C. (RUIZ MATA, 1986 b, 552).

En cuanto al origen de estos cuencos carenados, tenemos que recurrir a los ejemplos orientales del s. VIII a.C., en Tiro, donde no parecen muy frecuentes (BIKAI, 1978, Lám. IX y XV), o los correspondientes a los s. IX y VIII a. C. de Hazor (YODIN, 1960, Fig. LIII).

Los vasos de cuello acampanado o troncocónico, Tipo IV de nuestra tipología, son comparables a los Tipos V.1 de Huelva (RUFETE, 1989, 382), IV de Nequero (1979-80, 341) o 24 de E. CUADRADO (1968, Fig. 8). En Montemolín, aparecen tanto fabricados a torno como a mano, siendo estos últimos los ejemplares más numerosos en esta Fase. De origen oriental, algunos autores como Aubet se han detenido en rastrear este tipo, a través de los enclaves mediterráneos, donde suelen ser frecuentes entre los s. VIII y VII a.C., fundamentalmente en colonias italianas como Motya o norteafricanas como Cartago, donde subsiste hasta inicios del s. VI a.C. (1976, 15 y 16). Últimamente otros autores como LÓPEZ PARDO (1990, 27-29) también se han detenido en el estudio de estas piezas, atendiendo al sentido ritual que tienen estos vasos entre los ajuares funerarios indígenas principalmente, lo que obliga en algunos casos a imitaciones fabricadas a mano, como en Rachgoun, en los s. VII y VI a.C. Para él, el origen de estas piezas habría que situarlas en el Mediterráneo Central.

Aunque su número en la Península no es muy elevado, aparece reflejado en el estrato VII-B de Guadalhorce, donde tenemos un fragmento de cuello abocinado que puede responder a este tipo (ARRIBAS y ARTEAGA, 1975, Lám LIII). Pero es en los yacimientos

tartésicos donde apreciamos mejor estos ejemplos, en necrópolis como Setefilla, donde configuran su forma más característica (AUBET, 1976, 14), o en la Tumba 1 de La Joya, en la cual parecen documentarse dos vasos de este tipo (ORTA-GARRIDO, 1963, 22). El resto de piezas asignables a estos recipientes, aparecen en poblados también del área tartésica, la Fase II de San Pedro (RUFETE, 1989, 386), o los recientes descubrimientos de Montemolín que ahora analizamos.

El último Tipo representado en esta Fase III/A es un ejemplar de vaso de cuello cilíndrico, catalogado como Forma III en nuestra tipología, y no presente en el resto de clasificaciones consultadas. Este tipo, denominado como urna "Cruz del Negro", ha sido objeto de continuos estudios por investigadores como AUBET (1976-78) o ARANEGUI (1980), y más recientemente por la Profesora Belén, atendiendo a los ejemplares del Sur Peninsular, que aparecen representados como cerámicas con decoración pintada, con uso frecuente de bandas de pintura roja delimitadas por líneas negras, y documentadas tanto en las colonias malagueñas, como en la zona onubense o sevillana (1986, Fig. 1-5). De prototipos orientales, están presentes en las cerámicas Sirio-Palestinas del Bronce Final y Hierro I, documentándose en el Nivel VI de Hazor y la zona de influencia semita del Mediterráneo (GONZÁLEZ PRATS, 1986, 290). Siendo las piezas de ambientes cartagineses, Dermech, los mejores paralelos para los recipientes de la zona sevillana (BELÉN, 1986, 266).

Ejemplares de estos vasos de cuello cilíndrico, los encontramos también en la modalidad de barniz rojo, junto a estas otras piezas con decoración policroma. Son las correspondientes a Toscanos (SCHUBART *et al.*, 1984, Fig.13), Setefilla (AUBET, 1976, Fig. 5, 76), el Estrato VII de Guadalhorce (ARRIBAS y ARTEAGA, 1975, Lám LI y LV), o el Nivel 24 del Macareno (PELLICER *et al.*, 1983, Fig. 69), estratos del s. VII a.C. También aparecen en Tejada La Vieja entre los s. VIII-VII a.C. (BLANCO, 1982, Fig. 289), y son frecuentes en Doña Blanca durante los s. VII y VI a. C. (RUIZ MATA, 1986 a, 255), pero con decoración pintada, como en el reciente sondeo de San Agustín en Málaga (RECIO, 1986-87, Fig. 4), o los ejemplos procedentes del Poblado Bajo del Carambolo, (CARRIAZO, 1973, Figs. 514-516). Una pieza que parece corresponder a un vaso semejante está localizada en el Estrato II del Cerro de La Cabeza en Sevilla, y marcaría las primeras importaciones de lujo de esta zona a finales del s. VIII a.C. (DOMÍNGUEZ DE LA CONCHA, 1988, Lám. LIII).

En Montemolín, aparecen tímidamente representados en esta Fase, con un ejemplar que mantiene parte del cuello, incluido el baquetón, y decoración tanto interior como exteriormente de barniz rojo hasta

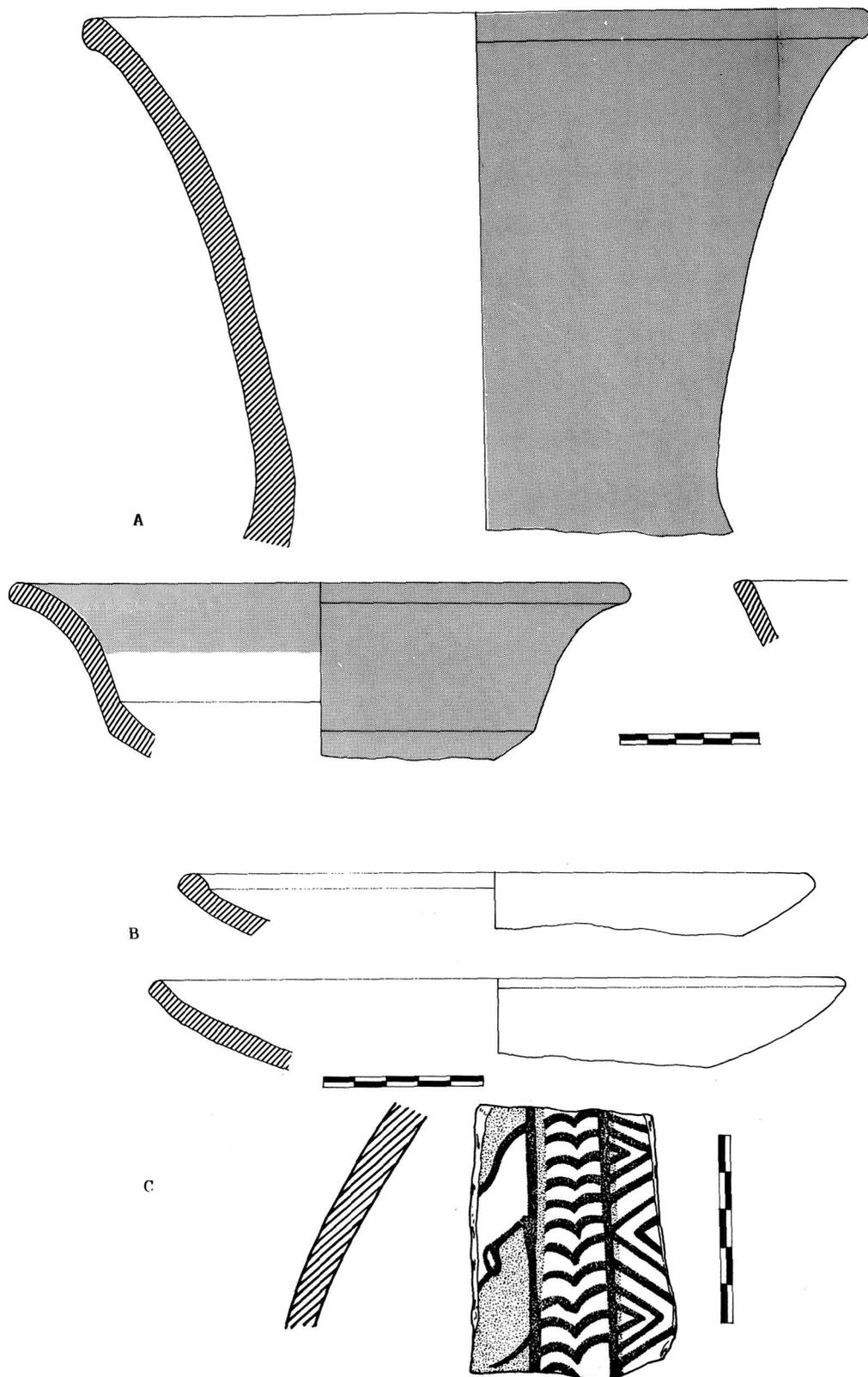


Figura 9. Fase III/A. Barniz Rojo (A), Grises (B), Figurativa (C).

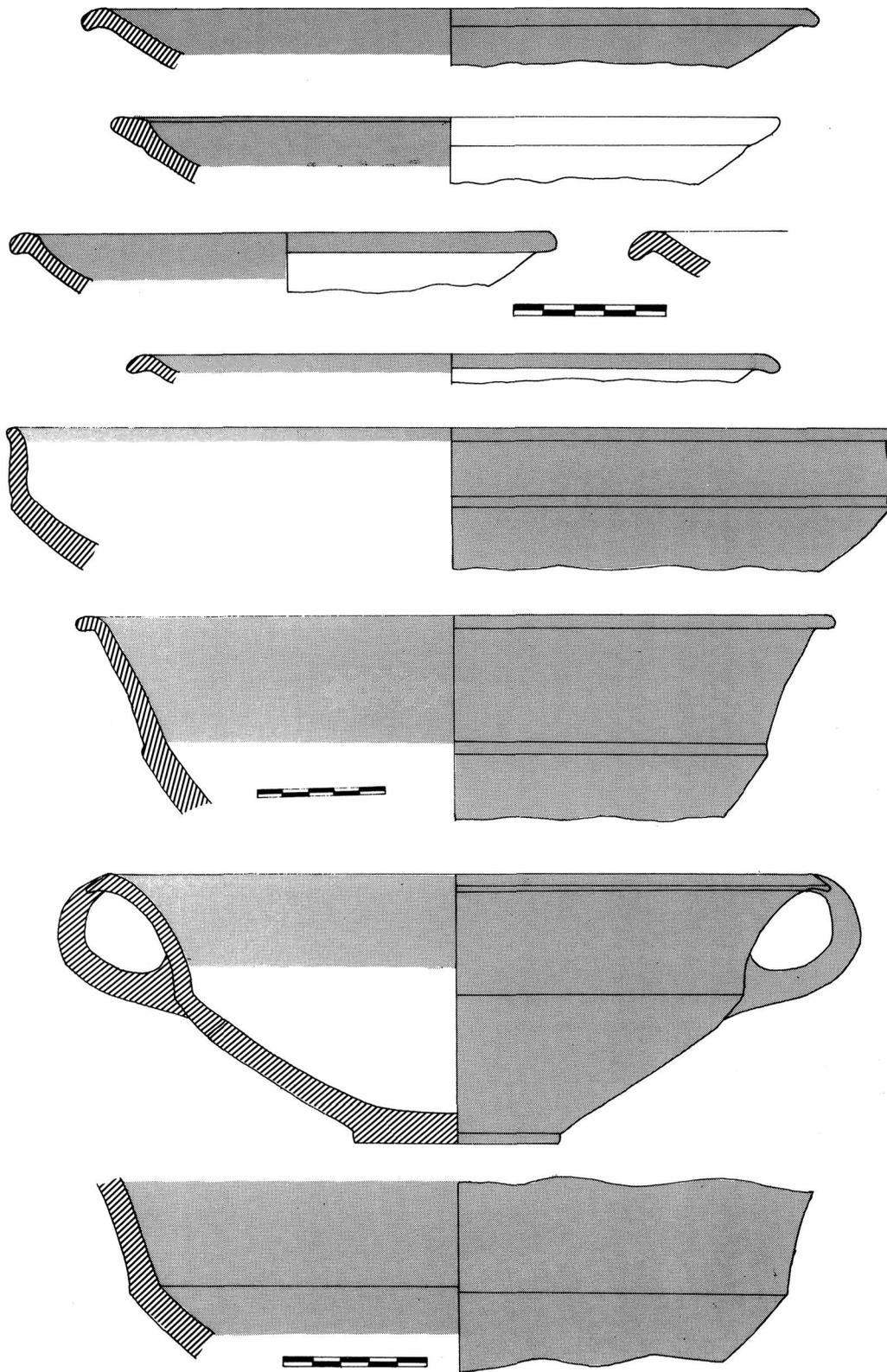


Figura 10. Fase III/B. Cerámicas de Barniz Rojo.

donde se conserva la pieza. Otro fragmento interesante se descubrió dentro de un horno cerámico en El Cerro de Los Infantes, en contextos de fines del s. VII a.C., lo que permitiría constatar al menos su fabricación en ambientes indígenas a partir de este siglo (CONTRERAS *et al.*, 1983, Fig. 1.g).

Un buen elemento comparativo para ahondar en el grado de orientalización que se percibe en esta Fase del s. VII a.C., lo conforman el resto de producciones a torno rescatadas en las distintas campañas de excavación en el yacimiento: las Cerámicas Grises (MANCEBO *et al.*, 1992, e.p.), más numerosas que las piezas de barniz rojo en este período, (Fig. 9), están presentes en los niveles de ocupación de los Edificios A y B del poblado, y aparecen representadas por platos de bordes exvasados y engrosados al exterior, junto a otros, de labios planos (Tipos I.B. y I.E. respectivamente). Y en mayor medida, por los característicos cuencos hemisféricos, tanto los de borde simple, como los de borde engrosado al interior (Tipos II.A. y II.B. de Montemolín), que suelen ser frecuentes en su variante de barniz rojo en otros yacimientos occidentales como El Cerro Macareno, (PELLICER *et al.*, 1983, Fig. 61), o zona de Huelva, desde la segunda mitad del s. VII a.C. (RUFETE, 1989, 388), y que no tenemos documentados en Montemolín.

Otras producciones a torno, quizás de tipo más espectacular, son las llamadas pintadas figurativas, que están presentes en esta fase en menor medida que la siguiente, del s. VI a.C., momento en el que el yacimiento entra de pleno en su Período Orientalizante. Dentro de este s. VII a.C., destacan (Fig. 9) fragmentos de ánforas con elementos verticales geométricos a base de filas de doble curvas (CHAVES y DE LA BANDERA, 1986, Fig. 7 b), o hileras de molinetes, dispuestos a modo de friso (ibíd, 1984, 150).

Con todo, el horizonte de este s. VII a.C. en Montemolín, viene marcado por el empleo masivo de cerámicas a mano, bruñidas en su mayoría, que no impiden las primeras producciones a torno (análisis de pastas nos indicarán si de origen foráneo, o fabricadas en el mismo poblado), que indican los primeros contactos con los elementos semitas establecidos en zonas próximas, si no en el mismo yacimiento, y que se ve confirmado también en el empleo de sistemas constructivos orientales (CHAVES y DE LA BANDERA 1989, e.p.).

### Cerámicas de la primera mitad del s. VI a.C. (Fase III/B)

El material cerámico de barniz rojo de esta Fase, corresponde a los Niveles de Habitación del Edificio

Rectangular D, que se levantará sobre la ruina de la Estructura Circular denominada A. No sabemos si alguna de las piezas clasificadas entre los elementos de los niveles de saqueo en la zona oriental de la excavación respondería al hábitat del Edificio C, que también se ocupa en este período.

Los nuevos Tipos que aparecen asociados en esta Fase (Figs. 10 y 11), son los platos, tanto los de borde estrecho (Tipo I.A.) como los de borde ancho (I.B.), los cuencos carenados de extremo redondeado (II.B.) y los de borde cóncavo (Tipo II.C.), así como el resto de recipientes adscritos al Tipo II.D. Siguen también presentes los vasos del Tipo III, de cuello cilíndrico, y los de cuello acampanado (Tipo IV).

Sobre los platos de nuestro Tipo I.A, se documentan en este período todas sus variantes salvo la I.A.3, de perfil carenado, que es propia de niveles más tardíos en Montemolín. La anchura de sus bordes es siempre inferior a los 3,5 cm, predominando los de 1,2 cm, por lo que podemos asemejarlos con los platos del Tipo P.1. de Huelva (RUFETE, 1989, 376), o la Forma VII a de NEGUERUELA (1979-80, 342).

Según la anchura del borde, estos platos (Fig. 10), semejantes a los de Setefilla (AUBET, 1976, 11), corresponderían a niveles datados en el s. VIII a.C. en las colonias malagueñas (SCHUBART, 1976), pero esta seriación, que es válida tanto para estos enclaves mediterráneos como para otros de la zona del Estrecho, es decir, Doña Blanca (RUIZ MATA, 1986a, 250), es problemática a la hora de equipararla con los yacimientos de la zona tartésica, donde estos tipos arcaizantes perviven con otros más anchos, propios del s. VI a.C.; por lo que Aubet se decidió por establecer una independencia de talleres productores para una y otra zona (1976, 13).

Esta coexistencia de tipos se comprueba, aparte de en Montemolín [donde tenemos una pieza correspondiente a un plato con borde superior a los 5,50 cm de anchura (Tipo I.B), en el mismo contexto estratigráfico que los ejemplares anteriores (Fig. 11)], en gran parte de yacimientos indígenas, como los de la zona de Huelva, donde sus platos de borde estrecho perviven desde sus inicios en el s. VIII a.C., con otros similares a los de borde ancho de Montemolín, el tipo P.3 de Rufete, hasta la primera mitad del s. VI a.C. (1989, 390). Otro poblado donde apreciamos algo semejante, es El Carambolo (RUIZ MATA, 1986 b, Fig. 7 y 8).

Dos son los nuevos tipos de cuencos que tenemos documentados en este período para el poblado de Montemolín:

La Forma II.B, de paredes bajas y carena alta, al estilo de las piezas similares halladas en Doña Blanca y El Carambolo (Ruiz Mata, 1986 a, Fig. 2; ibíd, 1986 b,

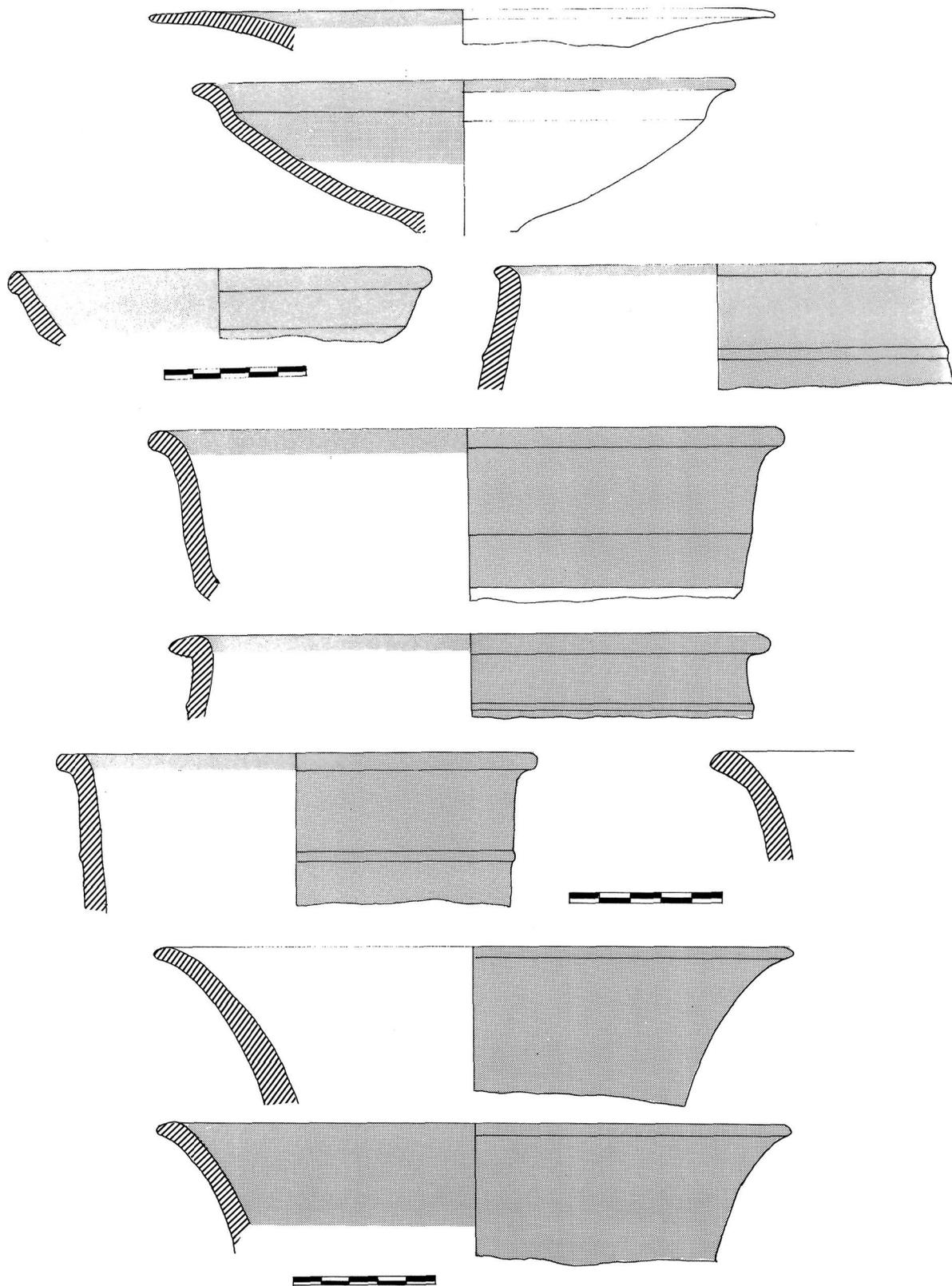


Figura 11. Fase III/B. Cerámicas de Barniz Rojo.

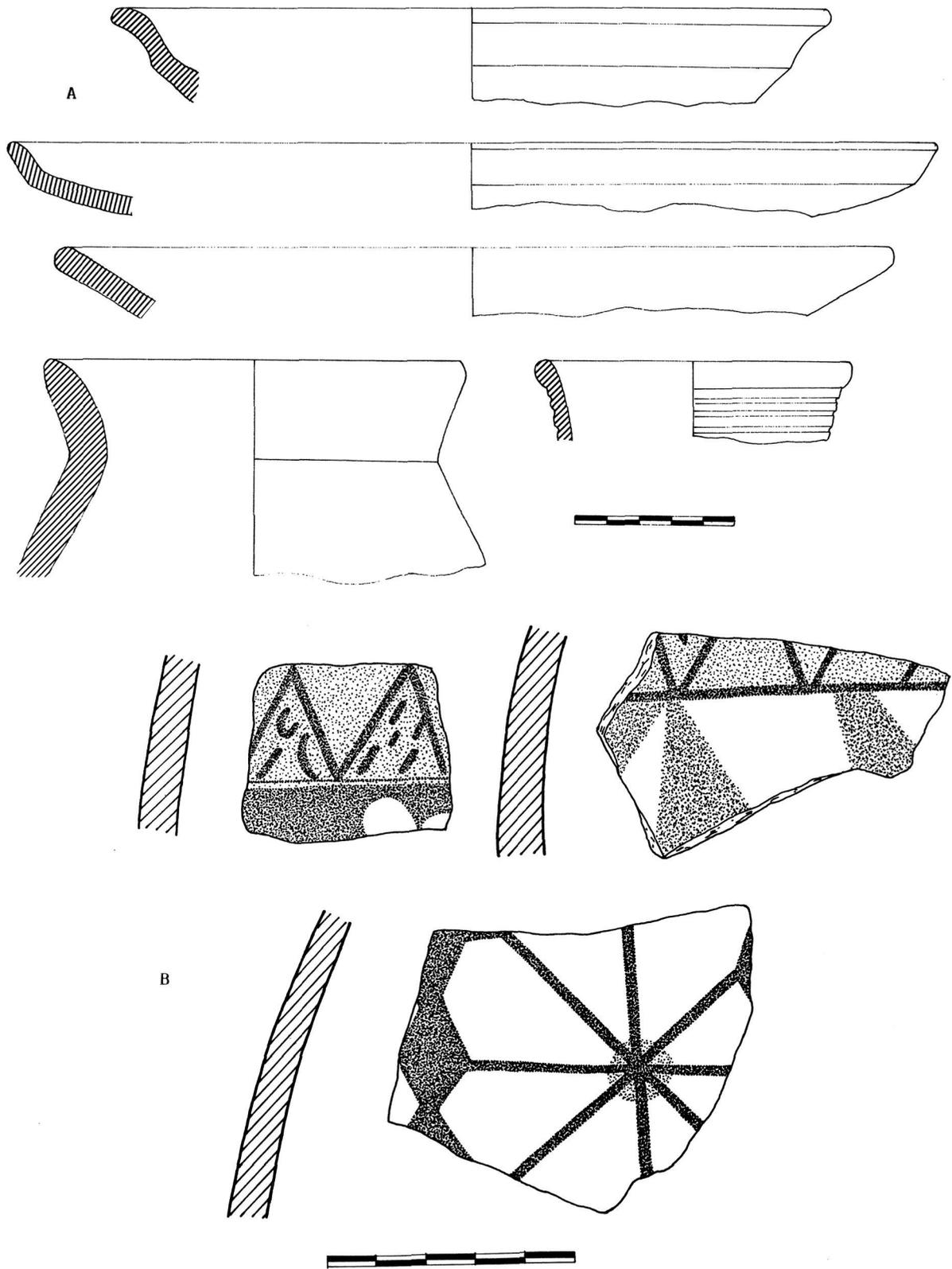


Figura 12. Fase III/B. Grises (A), Figurativas (B).

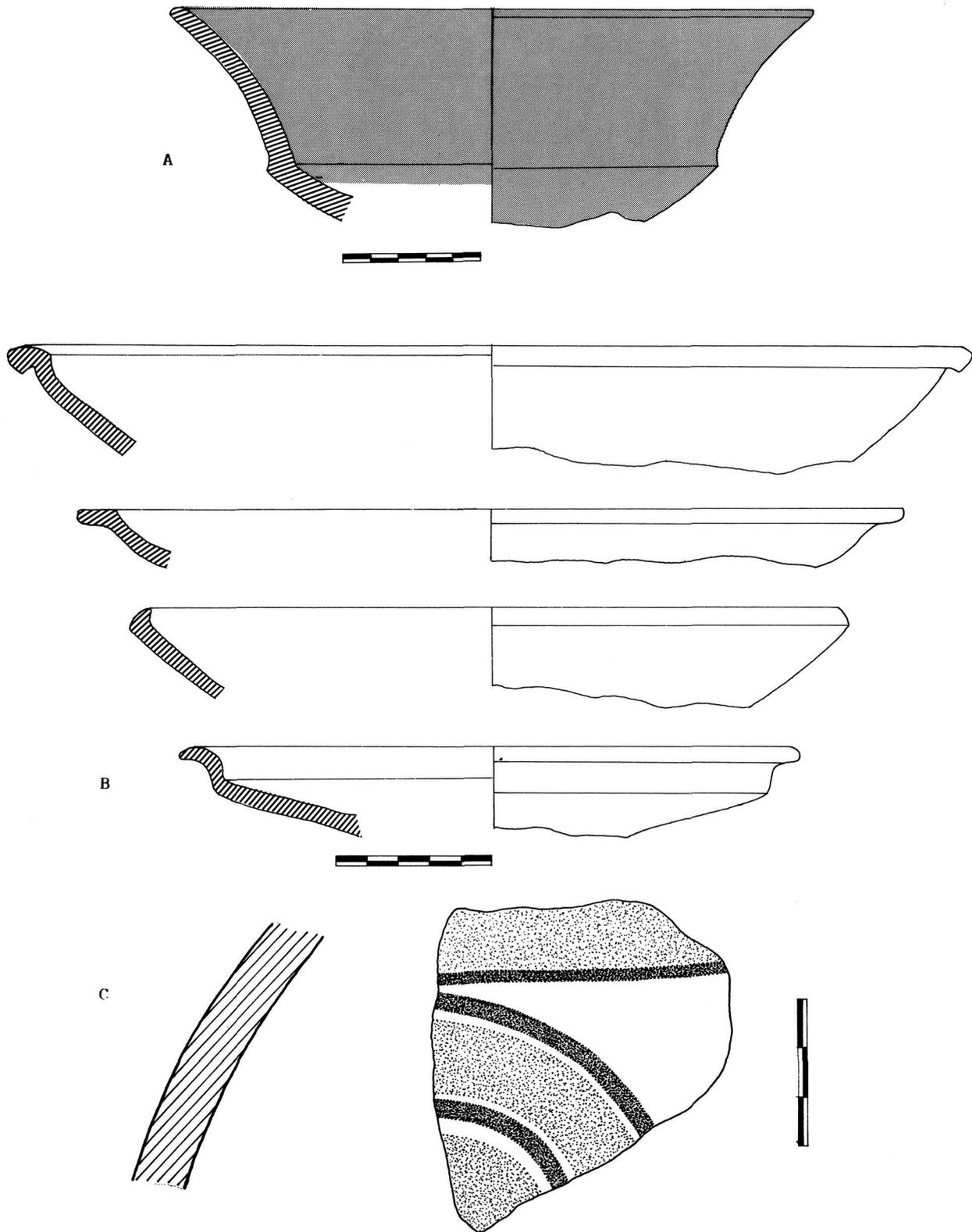


Figura 13. Subfase III/B-IV. Barniz Rojo (A), Grises (B), Figurativa (C).

Fig. 10). Que están presentes también, en la Necrópolis de Setefilla, en contextos cronológicos más cercanos a la Fase III/B de Montemolín (AUBET, 1976, Fig. 12).

La Forma II.C, de borde cóncavo y carena alta. Está presente en Huelva bajo la forma C.3.b de Rufete desde la segunda mitad del s. VII a.C. (1989, 388), fecha en la que también se da en Doña Blanca (RUIZ MATA, 1986 a, Fig. 5).

Los cuencos del Tipo II.D también están presentes en este período en la mayoría de sus variantes (Fig. 10 y 11), con un fragmento de carena, que enlaza el subtipo anterior, II.D.1, con esta Fase del s. VI a.C. Destaca la variante II.D.3, por el empleo de asas de sección circular en la parte superior del vaso. Su perfil, es el característico de estos cuencos, que están representados en siglos anteriores en colonias costeras como Doña Blanca (RUIZ MATA, 1986 c, Fig. 5), y que en estratos similares a Montemolín, se documentan en Huelva (RUFETE, 1989, 390) o en El Carambolo (RUIZ MATA, 1986 b, Fig. 10), pero todos ellos, sin contar con las asas de nuestro recipiente. Forma de amplia difusión, que continuará con éxito en siglos posteriores en yacimientos como El Macareno, donde lo encontramos en niveles propios de un s. V y IV a.C. (PELLICER *et al.*, 1983, Fig. 40 y 46).

El Subtipo II.D.6, de paredes más verticales, también gozó de amplia aceptación, y lo vemos en yacimientos como Guadalhorce, en sus Estratos VI y VII (ARRIBAS y ARTEAGA, 1975, Lám. XLVII y L), El Cerro de La Cabeza, en Sevilla (DOMÍNGUEZ DE LA CONCHA, 1988, Lám. LIII), o la Tumba nº 9 de La Joya (GARRIDO, 1970, Fig. 36).

El resto de formas que caracterizan la producción de barniz rojo en esta Fase, lo forman los vasos del Tipo III, que es en este período cuando alcanzan mayor esplendor, después de sus tímidos comienzos en la fase anterior. Son recipientes que por estas fechas, se dan en otros yacimientos como Doña Blanca (RUIZ MATA, 1986 c, Fig. 9), y mantienen su uso también en la Necrópolis de Setefilla (AUBET, 1976, 17).

Los vasos de cuello acampanado (Tipo IV) también están documentados en esta Fase, por tres recipientes fabricados en esta ocasión a torno, frente al período anterior donde destacaban por su número las producciones a mano. La importancia de su constatación en Montemolín, en ambientes estratigráficos del s. VI a.C., estriba en el especial interés que reviste para autores como Aubet la presencia de estas cerámicas en contextos cronológicos donde se desconocen en yacimientos coloniales, siendo hasta el momento, Setefilla o La Joya, los únicos lugares donde se detectaban estas formas, intermedias entre los prototipos anteriores, y las siguientes imitaciones, ya ibéricas (AUBET, 1976,

16). Hay que sumar pues Montemolín al número de yacimientos con predominio de formas arcaizantes en contextos tardíos. Las razones que pueden motivar esta situación serán abordadas en el capítulo siguiente, y no dudamos que nuevas excavaciones o estudios sobre sus materiales den a conocer otras localizaciones protohistóricas donde sucedan casos similares.

Las otras cerámicas a torno orientalizantes de Montemolín, correspondientes a este período, son las grises y las pintadas figurativas. Entre las primeras (Fig. 12), se mantiene el uso de los cuencos hemisféricos, que, siendo los más numerosos, se ven contrarrestados ahora por el empuje de los platos fabricados en esta variante, que llegan a alcanzar el 42,4 % de estas producciones. También están presentes algunas formas cerradas, ollas y botellas, que no eran de uso frecuente en los momentos anteriores. Su localización en el yacimiento sigue correspondiendo mayoritariamente a la zona del Edificio D, que, por sus características especiales, parece destacar esta zona sobre el resto del poblado.

Las cerámicas pintadas figurativas de este período (Fig. 12) nos muestran elementos vegetales como rosetas, combinadas con otros motivos geométricos como los triángulos, o los molinetes, que también se emplean en estos momentos (CHAVES y DE LA BANDERA, 1986, Fig. 9 y 12), destacando también el tema de los animales pasantes (*ibíd.*, 1984, 148).

El Horizonte de esta Fase III/B marca el apogeo de estas cerámicas de tradición oriental en sus distintas versiones. Tras los primeros contactos de fases anteriores, asistimos ahora al momento de consolidación de estas relaciones, que llevan al poblado a su Período Orientalizante Pleno, de mayor vitalidad respecto a su urbanística y producción cerámica a torno, que no sustituirá sin embargo la utilización de sus cerámicas bruñidas, que permanecen hasta el final de su ocupación.

### **Cerámicas de mediados del s. VI a.C. (Subfase III/B-IV)**

Subfase interesante, delimitada por un nivel de incendio que marca el final del Período Orientalizante Pleno del poblado. Capa de destrucción que, en la mayor parte de los yacimientos contemporáneos analizados, señalan el final de su ocupación como hábitat, que, de verse continuado posteriormente, en Epoca Ibérica, lo hará en cerros cercanos, como en el caso de Peña Negra y su desplazamiento ulterior a Les Moreres (GONZÁLEZ PRATS 1983, 277). En Montemolín no tenemos documentado ese posible desplazamiento a

zonas cercanas, sino estos niveles de Transición a la Fase IV, Protoibérica, donde asistimos a una labor de reconstrucción del semidestruído Edificio D (CHAVES y DE LA BANDERA, 1991, 707).

Son escasas las muestras de cerámicas de barniz rojo procedentes de este período (Fig. 13). Se trata de dos piezas, ambas del entorno habitacional del Edificio D: unos fragmentos amorfos pertenecientes a un vaso del Tipo III de nuestra tipología, y un borde de cuenco carenado del Tipo II.D.2.

En los fragmentos del vaso de cuello cilíndrico, apreciamos cierta evolución respecto a las piezas documentadas en los niveles anteriores. Su decoración no se practica de forma uniforme con barniz rojo, sino que éste se ve delimitado por unas líneas negras sobre el fondo del vaso, a semejanza de las típicas urnas "Cruz del Negro", Tipo E.11 de Peña Negra (GONZÁLEZ PRATS, 1986, 290). Aunque esto puede deberse a ser piezas que no corresponden al cuello del vaso, que, como vemos en todos los ejemplares analizados, presentan una capa de barniz rojo uniforme en Montemolín, y que, al pertenecer a una parte distinta del cuerpo del recipiente (su panza), se decoren con motivos diferentes, como vemos en sus paralelos policromos (BELÉN, 1986).

Respecto al cuenco carenado, se encuentra presente en su variante II.D.2, no documentada anteriormente, aunque podemos analizarla como evolución del tipo anterior II.D.1, con una carena más marcada al exterior, y un borde que se exvasa hasta alcanzar un extremo más apuntado que el prototipo (Fig. 13).

Las otras cerámicas a torno orientalizantes, siguen presentes en este momento. Las grises, con un número elevado de piezas (treinta fragmentos), frente a lo escaso del barniz rojo en este período. Entre los tipos característicos de esta subfase (Fig. 13), destacan los platos de borde convexo estrecho (I.C) y convexo ancho (I.D), que perdurarán en el período siguiente, con bordes más evolucionados. Los cuencos permanecen bajo su forma hemisférica (más típica del yacimiento), con variantes nuevas, como la II.B.4, de borde engrosado de forma triangular (MANCEBO *et al.*, 1992, 288 e.p.).

Entre las figurativas (Fig. 13) continúan los dibujos geométricos, con gran variedad de motivos, como los círculos concéntricos de anchas bandas rojizas y líneas negras (CHAVES y DE LA BANDERA, 1986, Fig. 19).

### Cerámicas de la segunda mitad del s. VI a.C. (Fase IV)

El material cerámico de barniz rojo de este Período Protoibérico (Fig. 14), nos presenta algunas nove-

dades formales, como la asociación de platos de borde estrecho y perfil carenado (Tipo I.A.3), con cuencos de tendencia hemisférica y perfil en S (Tipo II.A), y gollote de Boca de Seta (Tipo VI). También se mantienen perduraciones de los tipos anteriores, cuenco II.D.2 y vaso de la Forma IV.

El plato carenado (I.A.3), que podemos relacionar con la forma P.1.d de Huelva (RUFETE, 1989, 376), marca en Montemolín la última fase evolutiva de estos platos de borde estrecho, que son característicos de momentos anteriores en otros yacimientos, como los onubenses, donde se documentan ya en la primera mitad del s. VII a.C. (ibíd, 1989, 386), aunque también lo tenemos presentes en estratos del s. VI a.C. en zonas como la Necrópolis de Setefilla (AUBET, 1976, 11 y 12).

El cuenco del Tipo II.A también aparece tipológicamente en Huelva, bajo la forma C.2.a de RUFETE (1989, 379), pero en contextos similares a sus paralelos coloniales malagueños, fechados en el s. VIII a.C. También tenemos documentados algunos fragmentos semejantes en poblados indígenas como El Macareno, en niveles con cronologías pertenecientes al s. VII a.C. (PELLICER *et al.*, 1983, Fig. 69, 587).

Otra forma nueva, será el fragmento correspondiente al cuello de un *oinochos* (Tipo VI), que conserva una moldura externa, que, en un principio, consideramos semejante a las que aparecen en El Carambolo (CARRIAZO, 1973, 619) o en La Joya (ORTA y GARRIDO, 1963, Fig. 14 y 15), pero formando parte de soportes. Sin embargo, la constatación de ejemplares de este tipo de jarros, a los que Negueruela ha dedicado un trabajo monográfico (1983), desde fechas tempranas en yacimientos como Doña Blanca (RUIZ MATA, 1986 c, Fig. 6), El Carambolo (CARRIAZO, 1973, 610), o en el Estrato VII del Cerro del Villar (ARRIBAS y ARTEAGA, 1975, Lám. LI y LIII), nos han permitido apuntar nuestra pieza dentro de estos recipientes. Máxime cuando las nuevas investigaciones están haciendo aparecer un número elevado de cuellos y bocas de estos jarros en zonas como La Loma, en la costa malagueña (PERDIGUERO y RECIO, 1982-83, 120), o en zonas propiamente indígenas como son: El Macareno, en su Nivel 25 (PELLICER *et al.*, 1983, Fig. 73), Setefilla, donde se descubrió una vasija que, para Aubet, guarda relación con este tipo de vasos, y con una cronología más cercana al fragmento de Montemolín (1976, 15), o el fragmento de borde del Término de Utrera, Sevilla, correspondiente al yacimiento de El Casar, con materiales que nos muestran su ocupación desde el Bronce Final hasta el Período Ibérico (RUIZ DELGADO, 1985, 87).

La pieza carenada, corresponde a un cuenco del Tipo II.D.2, que ya se mostró presente en la subfase

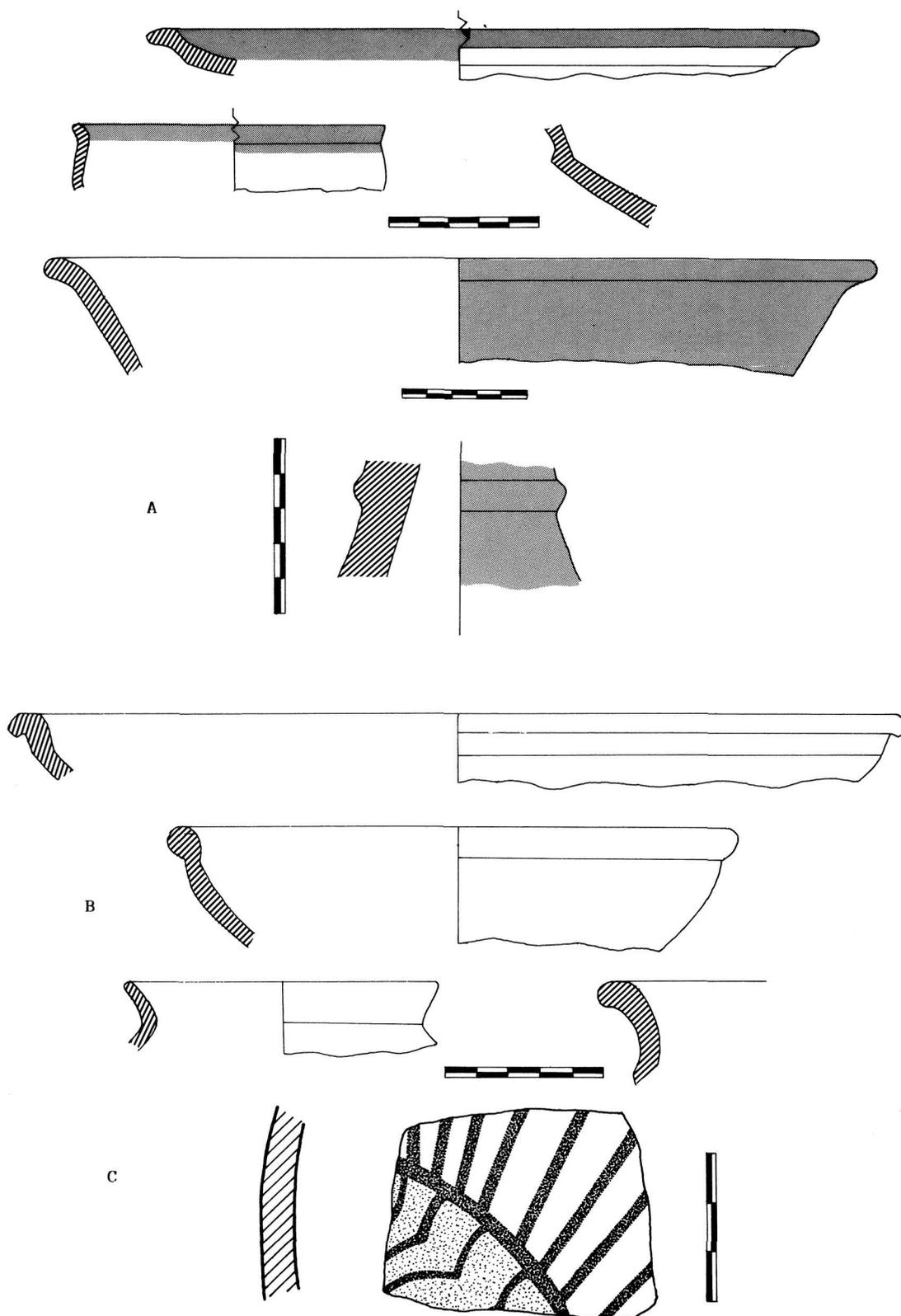


Figura 14. Fase IV. Barniz Rojo (A), Grises (B), Figurativa (C).

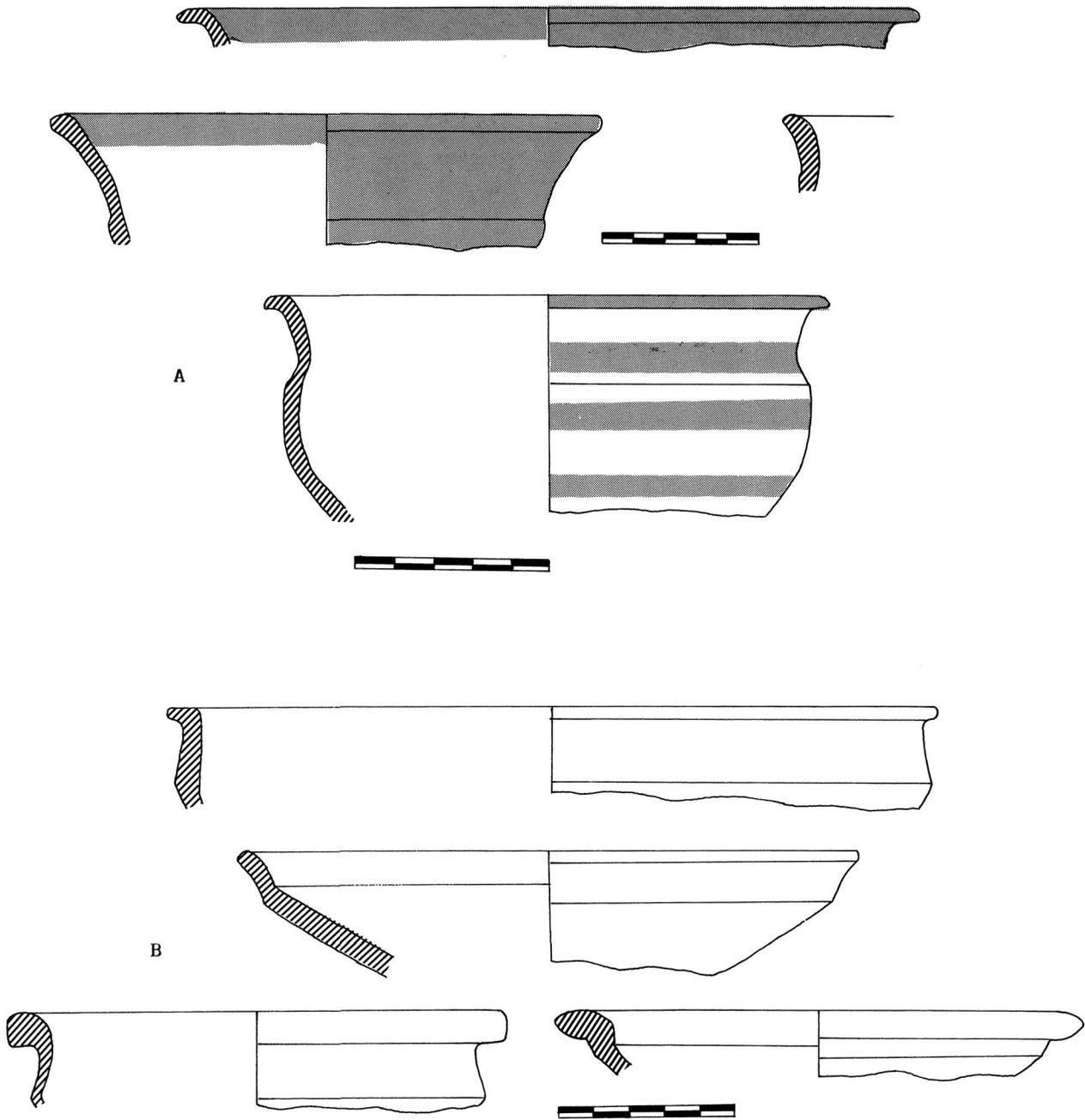


Figura 15. Zona de Saqueo. Barniz Rojo (A), Grises (B).

anterior, por lo que, marcará la perduración de estos recipientes carenados hasta la segunda mitad del s. VI a.C. en Montemolín. Este hecho no es extraño, ya que tuvieron buena acogida en ambientes indígenas, llegando a darse en momentos posteriores, del s. V y IV a.C., en yacimientos como El Macareno (PELLICER *et al.*, 1983, Fig. 40 y 46), o el asentamiento ibérico de Lopera, en el Término Municipal de Montellano, Sevilla (ORIA-MANCEBO *et al.*, 1990, Fig. 18).

Respecto al fragmento perteneciente al Tipo IV de nuestra tipología, se trata de una pieza que vuelve a fabricarse a mano, como en los primeros ejemplos de la Fase III/A, donde alternaban con otros de buenas calidades y realizados a torno. Esta forma, por la inclinación del borde (Fig. 14), nos parece muy similar a otros ejemplares del Carambolo (CARRIAZO, 1973, Fig. 421 a 427) o Setefilla (AUBET, 1976, Fig. 6), aunque en estos casos pertenecen a soportes de carrete bien configurados, por lo que de nuevo volvemos a insistir en estas piezas, que, debido a su fragmentación en Montemolín, son de difícil adscripción tipológica.

Las cerámicas grises (Fig. 14) siguen bien representadas en esta Fase, donde platos y cuencos igualan sus porcentajes, y cobran mayor aceptación algunos recipientes de formas cerradas (MANCEBO *et al.*, 1992, 289 e.p.).

Respecto a las Pintadas Figurativas, van disminuyendo su número respecto a la Fase III/B, donde alcanzan su plenitud. Sin embargo, tenemos buenas representaciones con motivos zoomorfos como toros, o alas y cuerpos de grifos (Fig. 14), en un momento donde también tenemos documentado en el yacimiento, otros materiales de claro influjo orientalizante, como un peine de marfil (CHAVES y DE LA BANDERA, 1986, Fig. 8).

### Cerámicas de la zona de saqueo ibérico

El material de esta zona oriental del yacimiento puede pertenecer tanto a los niveles de ocupación de la Estructura B como al Edificio C, ambos de la Fase III, Orientalizante del poblado, o bien, pueden corresponderse, en algunas capas, a niveles de época ibérica, de la Fase V. Pero la estratigrafía actual no nos permite afinar con claridad, y esperamos que nuevos sondeos en este sector puedan ayudarnos a comprender mejor lo que supuso para el yacimiento su ocupación en los siglos posteriores al Impacto Orientalizante.

Los fragmentos recogidos (Fig. 15) pertenecen en parte al Tipo III, que en el poblado lo hemos identificado desde los niveles correspondientes a la Fase

III/A, y que alcanzaron su máximo apogeo en la primera mitad del s. VI a.C. Una de las piezas, la que no presenta el baquetón característico de éstas en el yacimiento, podríamos mejor incluirla dentro de un grupo de indeterminados, ya que por la pequeñez de lo conservado nos resulta complicado su inclusión en un tipo determinado, sin embargo, es probable que pertenezca a uno de estos vasos de cuello cilíndrico, fragmentado antes de alcanzar el baquetón. El otro fragmento, también nos resultó problemático por su parecido con el ejemplar documentado como tipo II.D.5, aunque un estudio más detenido de la pieza, su rotura y diámetro, nos llevó a incluirlo dentro de este grupo, con un paralelo muy próximo en un vaso del mismo tipo hallado en el Túmulo A de Setefilla donde se aprecia mejor el arranque de las asas (AUBET, 1976, Fig. 3, 30).

El otro recipiente pertenece a nuestro Tipo V, tulipiforme, muy semejante, aunque está incompleto, a las Formas 7 de E. CUADRADO (1960, 390), o 24 de F. CUADRADO (1968, Fig. I), según la panza que pudiera llevar el vaso de Montemolín, aunque parece más cercano a la urna de la Tumba nº 89 de Tútugi, que sirvió de prototipo para la Forma 24 de F. Cuadrado. Este tipo de vaso, fechado entre los siglos V y IV a.C. por sus investigadores, los tenemos también presentes en la Fase V de Montemolín, con decoración a base de bandas y líneas rojas (GARCÍA *et al.*, 1989, Fig. 4).

Otras cerámicas a torno orientalizantes que hemos podido identificar en este sector, son algunas piezas grises (Fig. 15), que responden fundamentalmente a formas cerradas del Tipo V.B, o los grandes cuencos carenados del Tipo IV, que parecen ser los más tardíos de este tipo cerámico en el poblado (MANCEBO *et al.*, 1992, 289 e.p.).

### Recapitulación

En Montemolín, la Cerámica de Barniz Rojo se encuentra fundamentalmente en las Fases III y IV del Poblado, aunque también se documenta en los Niveles del Saqueo posterior de Época Ibérica, que afecta al Sector Oriental del yacimiento, por lo cual, no rechazamos una posible perduración de algunos tipos cerámicos en los ss. V y IV a.C. (como queda constatado en el Tipo V, Tulipiforme, de nuestra tipología).

Según se desprende de las excavaciones efectuadas en los distintos sectores del poblado, la llegada de estos elementos materiales, se produce en Montemolín a principios del s. VII a.C., corroborada tanto estratigráficamente como por los paralelos orientales, Sirio-Palestinos, de algunos elementos arquitectónicos y urba-

nísticos, que vinculan el proceso de orientalización del yacimiento a los contactos mantenidos con los grupos poblacionales asentados en el Sur Peninsular (CHAVES y DE LA BANDERA, 1989 e.p.).

Atendiendo a los datos estadísticos que se extraen del estudio de este tipo cerámico, podemos concluir, al igual que sucede con otras variantes como las Grises, en una preferencia por las formas abiertas (52,8 %) sobre el resto de formas cerradas, que alcanzan el 47,2 %. La explicación de este hecho podemos encontrarla en el peso que ejercen sobre estas nuevas producciones la tradición indígena en la fabricación de formas cerámicas a mano, bruñidas, para el empleo de la vajilla doméstica, y las viejas ollas con motivos digitados o tratamientos alisados y cepillados como cerámicas de almacenaje y cocina (CHAVES y DE LA BANDERA, 1984, 146).

Analizando el desarrollo cronológico de los tipos cerámicos de Barniz Rojo en Montemolín, podemos extraer algunas consideraciones:

– Los Platos (19,4 %), son propios de la Fase III/B de la Primera Mitad del s. VI a.C., donde conviven tanto los ejemplares de borde estrecho (I.A.), como los de borde ancho (I.B.), a semejanza de otros núcleos indígenas occidentales (RUFETE, 1989, 390). La Fase IV, marca el proceso evolutivo en el perfil de los platos del Tipo I.A, que, durante este período, utilizarán carena externa en su variante I.A.3.

– Los Cuencos, son el tipo más representativo de esta variedad cerámica de Barniz Rojo (30,6 %). Están presentes desde los primeros momentos orientalizantes del poblado, en su Fase III/A del s. VII a.C., con una Forma (II.D.1) a la que podemos seguir su evolución tipológica en las fases siguientes, ya que también se documenta en el Período III/B, de máximo esplendor para estos cuencos, que perdura en la segunda mitad del s. VI a.C. en su variante II.D.2.

Faltan sin embargo, formas que son comunes en otros yacimientos, los de tipo hemisférico, frecuentes en Huelva, Tejada La Vieja o El Carambolo, tanto en barniz rojo como en cerámicas grises (RUFETE, 1987, 143 y 147; *ibíd.* 1989, 388), y que en Montemolín sólo tenemos documentados en estos últimos, aunque de forma abrumadora, a semejanza de sus prototipos bruñidos.

– Los Vasos de Cuello Cilíndrico (22,2 %) se detectan levemente en el s. VII a.C., con un pequeño fragmento, que conserva el baquetón que caracteriza a estos recipientes en el yacimiento. Su apogeo, como del resto de cerámicas de tradición Orientalizante, se produce en la Fase III/B del poblado, donde asistimos, hacia su final (Subfase III/B-IV) a cierta evolución decorativa, con unos fragmentos amorfos que alternan el

empleo del barniz rojo con otros motivos como líneas negras, al estilo de las típicas urnas “Cruz del Negro” (BELÉN, 1986).

– Los Vasos de Cuello Acampanado “à Chardon” (22,2 %), aparecen repartidos por toda la estratigrafía del poblado. Se documentan en el s. VII a.C. fabricadas tanto a mano, siguiendo la tradición alfarera indígena [hecho constatado también en otros yacimientos como Rachgoun (LÓPEZ, 1990, 28)], como a torno, utilizando pastas de buenas calidades. Pero al igual que el resto de formas analizadas, alcanzan su plenitud en las fases siguientes del s. VI a.C.

– El Vaso de Forma Tulipiforme (2,8 %), es propio de momentos tardíos en el poblado (Zona de Saqueo), atestiguado tanto por sus paralelos con bajas cronologías de otros yacimientos, como por su perduración con motivos decorativos similares, aunque con pintura roja, en la Fase V de Montemolín (GARCÍA *et al.*, 1989, Fig. 4).

– El fragmento de Boca de Seta (2,8 %), también es representativo de niveles tardíos en Montemolín (Fase IV), a diferencia del resto de ejemplares documentados en ambientes coloniales (RUIZ MATA, 1986 c, Fig. 6).

Al llegar a este punto, hemos querido establecer algunas líneas comparativas directas con algunos yacimientos que cuentan en sus estratos arqueológicos con material de barniz rojo semejante al de Montemolín, aunque los distintos condicionamientos que motivaron su ocupación y posterior evolución interna, nos permiten observar ciertas analogías y diferencias, tanto tipológicas como de índole cronológica, que consideramos de vital interés para evaluar el nivel de influencias e interrelaciones que se producen en este complejo foco cultural que se desarrolla en el Sur Peninsular durante nuestra Protohistoria.

Por ello, pensamos en un primer momento utilizar por una parte, un yacimiento de los considerados como típicamente semita o colonial, del tipo Toscanos o Mezquitilla, ya que permiten una secuencia estratigráfica de ocupación similar a la de Montemolín (ss. VIII-VI a.C.), frente a otros centros como Las Chorreas, que sólo permitían un nivel habitacional más arcaico (AUBET, 1974; *ibíd. et al.*, 1979). Sin embargo, tropezamos con una dificultad no esperada cuando acudimos a los trabajos publicados sobre estos yacimientos:

En el caso del Morro de Mezquitilla, la Fase B, de asentamiento fenicio (s. VIII-V a.C.), sólo permite el estudio comparativo de este material en los estratos correspondientes a su fase arcaica B.1, donde encontramos platos, cuencos y jarras de cerámica roja, y limitándose en el caso de las fases siguientes B.2 y B.3,

sólo al estudio de los platos de barniz rojo, por lo que no podemos seguir la evolución de los restantes tipos aludidos, en los períodos que podríamos paralelizar con Montemolín. (SCHUBART, 1979; *ibíd.* 1985).

En el caso de Toscanos, contamos con amplios estudios tipológicos sobre sus cerámicas, donde encontramos representadas la mayor parte de las formas documentadas en Montemolín, aunque con un desfase cronológico importante. Con todo, al igual que sucediera en Mezquitilla, aparte de los platos, a los que se les puede seguir con facilidad su evolución tipológica a través de los distintas fases del poblado, nos resulta bastante complicado situar estratigráficamente el resto de los tipos formales analizados (SCHUBART *et al.*, 1969; *ibíd.* 1984; NIEMEYER, 1979).

Por estas causas, nos decidimos a utilizar como yacimiento de corte colonial, para comparar con Montemolín, otro poblado, esta vez de la zona del Estrecho, Doña Blanca, cuya memoria final de excavaciones está aún pendiente de su publicación definitiva, trabajo que servirá sin duda para complementar la documentación actual que se conoce sobre el yacimiento, que cuenta con una buena potencia estratigráfica desde el s. VIII al IV/III a.C. (RUIZ MATA, 1986 a, b, c).

Por otra parte, quisimos utilizar también, un yacimiento de los considerados como típicamente indígena o tartésico, que sirviera de elemento comparativo con nuestro yacimiento. Para ello, recurrimos en un primer momento al estudio de los focos orientalizantes próximos a Montemolín, como la zona de Carmona y Los Alcores o de Setefilla, donde apreciamos secuencias estratigráficas contemporáneas a Montemolín, y con una variedad tipológica semejante en muchos casos a la nuestra (AUBET, 1976).

Sin embargo, estos centros presentan una característica principal que los diferencia de nuestro yacimiento y es la causa por la que hemos decidido prescindir de ellos para este fin. La Cruz del Negro, Setefilla, etc., son necrópolis, no poblados como en el caso de Montemolín, y el material encontrado en sus excavaciones, compone ajuares y ofrendas funerarias, cuya presencia específica en estas tumbas puede obedecer a motivos muy diversos (RAMOS, 1990, 93) y no tienen por qué guardar una correspondencia exacta con el material empleado en sus poblados, de los que sólo conocemos algunas catas y sondeos. Por ello, hemos preferido recurrir a otros yacimientos que hayan sido objeto de una excavación en horizontal como Montemolín, donde el volumen de datos obtenidos sean reflejo de una visión más completa de su dinámica poblacional<sup>2</sup>.

<sup>2</sup> No desdeñamos en este punto la valiosa aportación conseguida a partir del esfuerzo de estos investigadores con los sondeos practicados. Pero nos parece mejor atender a yacimientos que como

Otro poblado orientalizante que consideramos en un principio de acuerdo con nuestros propósitos, fue el yacimiento de Tejada La Vieja, por ser un asentamiento de interior como Montemolín, y tener bien estudiadas sus cerámicas de barniz rojo (RUFETE, 1987). Sin embargo, sus distintas actividades económicas, centradas principalmente en prácticas minero-metalúrgicas, tan distintas a las de nuestro asentamiento, nos movieron a buscar otro poblado de características más similares a Montemolín. Por ello, recurrimos finalmente al ejemplo de Huelva, aunque reconocemos que su carácter de ciudad costera, tampoco la convierten en un poblado fácilmente comparable con nuestro yacimiento.

Todos estas reflexiones, sólo nos hacen ver lo mucho que aún queda por investigar en cuanto al conocimiento del poblamiento protohistórico de nuestra zona, y por ello, pensamos que la continuación de las intervenciones arqueológicas en yacimientos tan interesantes como el de Montemolín, será vital para entender el complejo fenómeno de aculturación que se desarrolla sobre estas poblaciones tartésicas del Bajo Guadalquivir con la llegada de los nuevos elementos culturales mediterráneos.

Pasemos ahora al estudio del proceso evolutivo y cronológico que experimentan las formas cerámicas de barniz rojo similares a las aparecidas en Montemolín, en los centros poblacionales escogidos como representativos de los núcleos típicamente coloniales (Doña Blanca), e indígenas (Huelva):

#### *El Castillo de Doña Blanca*

– Los Platos: siguen la evolución cronológica observada en las colonias malagueñas de Toscanos o Morro de Mezquitilla, con bordes cerámicos de anchura similar al Tipo I.A de Montemolín (hasta 35 mm) en sus estratos pertenecientes al s. VIII a.C., con arcillas muy depuradas y barnices brillantes. Durante el s. VII a.C., la anchura de sus bordes aumenta hasta alcanzar los 60-70 mm hacia el final de ese período, como en Toscanos IV (RUIZ MATA, 1986 a, 244 y 250). Y será ya en el s. VI a.C. cuando estos platos de borde ancho alcancen su último desarrollo asemejándose a los de Guadalhorce II (*ibíd.* 1986 c, 105).

– Los Cuencos: No aparecen representados los Tipos II.A y II.B de Montemolín. Nuestro Tipo II.C

del nuestro, hayan sido objeto de intervenciones más amplias, que siempre permitirán una visión más completa a la hora de establecer conexiones e interrelaciones entre estos poblados sincrónicos.

es frecuente en Doña Blanca en sus estratos del s. VII a.C., con pastas poco depuradas y engobes poco consistentes (RUIZ MATA, 1986 a, 251). Y continuarán presentes en los niveles del s. VI a.C. (momento en el que aparecen en Montemolín) pero sin huellas de decoración (ibíd. 1986 c, Fig. 8:4).

Los Cuencos Carenados del Tipo II.D de Montemolín, aparecen representados en Doña Blanca durante los ss. VIII y VII a.C., con calidades de pastas y barnices similares a los platos de esos estratos (ibíd. 1986 a, 247 y 251).

– Los Vasos de Cuello Cilíndrico serán usuales durante todo el s. VII y gran parte del VI a.C., con pastas y bordes similares a los *pithoi* y cuellos decorados con bandas de pintura roja y filetes negros (ibíd. 1986 a, 255).

– Los Vasos del Tipo IV, de Cuello Acampanado, y Tipo V, Tulipiforme, no aparecen representados en este yacimiento.

– Los Jarros de Boca de Seta, están presentes en los estratos arcaicos de Doña Blanca en el s. VIII a.C., aunque su proporción es menor que los de Boca Trilobulada en esos niveles. Siguen representados en el s. VII a.C., con piezas que muestran el baquetón típico de Montemolín, pero con estrías, que las diferencian de nuestro ejemplar (RUIZ MATA, 1986 a, 248 y 257). No está constatada su presencia en los estratos del s. VI a.C. (ibíd. 1986 c, 103-107).

### Ciudad de Huelva

– Los Platos hacen su aparición en Huelva desde sus niveles antiguos del s. VIII a.C., con bordes de anchuras similares a los de Toscanos I-II (inferiores a 35 mm). Durante el s. VII a.C., mantendrán la evolución observada en las colonias malagueñas, con bordes que llegan a alcanzar los 70 mm de anchura, pero a su vez, perviven los de bordes estrechos, que incluso reducen su anchura respecto a los platos del período anterior, con valores que oscilan entre los 20 y 25 mm (semejantes a los de Montemolín), coincidencia que se mantendrá también durante los niveles de la primera mitad del s. VI a.C. (RUFETE, 1989, 384-390).

– Cuencos Carenados: No aparecen representados los pertenecientes al Tipo II.B de Montemolín. Respecto a los del Tipo II.A, se documentan en los niveles del s. VIII a.C. en Huelva, con pastas bien depuradas y barniz exterior que alcanza el borde por su cara interna. Los del Tipo II.C, hacen su aparición en la segunda mitad del s. VII a.C., y se mantienen presentes durante la primera mitad del s. VI a.C. (ibíd. 1989, 384-390).

Los Cuencos Carenados del tipo II.D, son la forma más significativa del s. VII a.C. en Huelva, con un perfil semejante a los quemaperfumes de barniz rojo. Siguen documentados en el s. VI a.C., con bordes menos desarrollados y diámetros superiores a los anteriores (ibíd. 1989, 386).

– No aparecen representados los vasos pertenecientes a nuestros Tipos III (Cuello Cilíndrico), V (Tulipiforme), y VI (Boca de Seta).

– Los Vasos de Cuello Acampanado (Tipo IV), son poco frecuentes en Huelva, haciendo su aparición en los estratos del s. VIII a.C., y manteniéndose en la Fase II de San Pedro o la Tumba nº 1 de La Joya, pertenecientes ya al s. VII a.C. (ibíd. 1989, 386).

Respecto al problema que presentan aspectos como la coexistencia de platos con bordes de distintas anchuras, que en la zona colonial responden a momentos cronológicos diferentes (SCHUBART, 1976), o la aparición en algunas zonas indígenas, como en Setefilla, de formas cerámicas como los vasos “à Chardon”, en estratos fechados en un s. VI a.C., período en el que se desconocen en ambientes semitas del Estrecho (AUBET, 1976, 23), nos plantean una serie de interrogantes a los que otros investigadores también han querido dar solución. Así, para M.E. Aubet, todo obedece a una diferenciación de centros productores: unos que funcionan en la zona malagueña, y que permiten la seriación ofrecida por Schubart, y otro centro, instalado en la zona gaditana, que acogería el suministro de la Zona Tartésica Occidental (1976, 13). Sin embargo, de esta zona gaditana, sólo conocemos hasta ahora un enclave que cuenta con este tipo cerámico de Barniz Rojo desde fechas tempranas de un s. VIII a.C., el Castillo de Doña Blanca, donde según los últimos estudios ofrecidos, se mantiene la correspondencia observada en las factorías malagueñas respecto a la anchura de sus platos. Poblado que incluso irradia estos recipientes a zonas indígenas como San Bartolomé de Almonte y Tejada La Vieja, en Huelva, o El Cerro de La Cabeza, en Sevilla, según se desprende de los análisis químicos de pastas practicados (DOMÍNGUEZ DE LA CONCHA, 1988, 182).

Ruiz Mata recurre para explicar esta situación, a las Fuentes Clásicas, y analiza el pasaje de Estrabón (III.5.5) que refiere los tres viajes que emprendieron los semitas hasta la fundación final de Gadir. De esta forma, en un primer viaje, llegarían a las costas malagueñas, (un centro productor), en el segundo viaje, alcanzarían la zona onubense (muestra de ello, sería el muro de San Pedro), y en el tercero, la Bahía Gaditana, donde se encuentra el Castillo de Doña Blanca, en un lugar estratégico para las relaciones comerciales (1986 a, 261).

Analizando todos estos datos, es fácil concluir en una cosa cierta: los puntos tartésicos como Huelva, Cruz del Negro, Setefilla, o Montemolín, presentan características tipológicas diferentes a los centros comerciales semitas del Estrecho y de la zona malagueña. Ahora bien, estos alfares que producen estas cerámicas bajo esquemas arcaicos y entroncados directamente con Oriente, como relaciona AUBET (1976, 24), ¿no podrían deberse a esa nueva oleada, denominada por otros autores como "Colonización Agrícola", que se da en esta época más tardía? (GONZÁLEZ WAGNER y ALVAR, 1989). Esto podría explicar que, junto a los contactos normales que se dan en épocas antiguas, con el resto de enclaves costeros, la presencia de estos nuevos alfareros orientales en los poblados del rico Valle del Guadalquivir [constatado en otros centros como Peña Negra (GONZÁLEZ PRATS y PINA, 1983, 125)], trajeran consigo unos modelos que presentan una evolución diferente a los del Extremo Occidente.

En cuanto a la naturaleza del barniz, o engobe para algunos autores, no podemos aportar nuevos datos que contribuyan a la clarificación de este asunto, ya que nos encontramos con un problema añadido en algunos recipientes recogidos durante la excavación: La capa del barniz o engobe, es mala, o la pieza está muy rodada, por lo que sólo apreciamos huellas en algunos fragmentos, que nos indican cómo pudo estar decorado el vaso. De esta forma, no podemos recurrir al empleo de las tablas de colores que ponen en funcionamiento algunas casas de pinturas, y que servirían para homologar tonos del barniz y las pinturas, que a menudo sólo conocemos por calificativos como "más oscuros que...", o "más claros que...", de poco valor científico, y que pueden inducir a error.

Sería preciso recurrir a los análisis químicos de las pastas y los barnices, que nos ayudarían a establecer líneas de distribución y relaciones comerciales entre los distintos yacimientos contemporáneos de este Período, así como los distintos talleres que estuvieran en funcionamiento.

Por último, resaltar otro aspecto interesante que destaca al realizar el estudio espacial de las cerámicas a torno orientalizantes de Montemolín: El área de Habitación correspondiente a las Estructuras A y D, delimitan un espacio al que corresponde el 88,6 % de las Cerámicas de Barniz Rojo, al igual que sucediera con otras variantes como las Grises, que también dominan estadísticamente en este sector. Esta zona, situada en el punto más elevado del entorno, y que ya fue utilizada en momentos anteriores (restos de un fondo de cabaña excavada en la roca perteneciente a la Fase I, y de una estructura circular correspondiente a la Fase II), permite destacarla como un área privilegiada del yaci-

miento, tanto por la singularidad de sus componentes arquitectónicos (mantenimiento de estructuras circulares, Edificio A, cuando ya se conocen y se utilizan en el yacimiento otras de tipo rectangular, Edificio B), como por la calidad de los elementos materiales que aparecen asociados a sus estratos arqueológicos (como las pintadas figurativas con representación de toros y grifos), por lo que consideramos que representa un papel predominante en la vida del poblado desde su fundación.

Aún cuando contamos con la ventaja de disponer de un volumen de datos superior del que disponían los autores que se han preocupado por estos temas, como las nuevas publicaciones referentes a yacimientos con estas cerámicas: El Cerro de La Cabeza en Sevilla (DOMÍNGUEZ DE LA CONCHA, 1988), Tejada La Vieja (FERNÁNDEZ JURADO, 1987), San Bartolomé de Almonte (RUIZ MATA y FERNÁNDEZ JURADO, 1986), poblados donde se han utilizado los métodos más actuales para el análisis de las pastas y los barnices, estamos aún a la espera de la distribución de nuevos trabajos como los de M. E. Aubet sobre las últimas campañas de excavación en El Cerro del Villar, o los más recientes del Equipo de Arqueología de la Diputación Provincial de Huelva sobre Tartessos, así como los resultados de las últimas campañas efectuadas en el Castillo de Doña Blanca por D. Ruiz Mata.

Estos trabajos, así como las nuevas intervenciones que puedan practicarse sobre los sectores aún pendientes de excavación en Montemolín, permitirán corroborar las hipótesis aquí planteadas, y medir el nivel de relaciones y volumen de contactos que se producen en este momento, entre los yacimientos que configuran el Complejo Cultural Tartésico.

## Bibliografía

- ARANEGUI GASCO, C. 1980. «Contribución al estudio de las Urnas de tipo Cruz del Negro», *Saguntum* 15: 99-118, Valencia.
- ARRIBAS, A. y ARTEAGA, O. 1975. *El yacimiento fenicio en la desembocadura del río Guadalhorce. Málaga*, Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada, Serie Monográfica 2.
- AUBET SEMMLER, M.E. 1974. «Excavaciones en Las Chorreas, Mezquitilla (Málaga). Campaña 74», *Pyrenae* 10: 79-108.
- AUBET SEMMLER, M.E. 1976. «La cerámica púnica de Setefilla», *Studia Archaeologica* 42, Valladolid.

- AUBET SEMMLER, M. E. 1976-78. «La cerámica a torno de La Cruz del Negro (Carmona, Sevilla)», *Ampurias* 38-40: 267-87, Barcelona.
- AUBET, M. E. *et al.*, 1979. «Chorreras. Un establecimiento fenicio al Este de la desembocadura del Algarrobo», *Noticiario Arqueológico Hispánico* 6: 91-138, Madrid.
- AUBET, M. E. *et al.*, 1991. *El Asentamiento fenicio del Cerro del Villar: Arqueología y Paleografía del Guadalhorce*, Junta de Andalucía.
- BELÉN, M<sup>a</sup>. 1986. «Importaciones fenicias en Andalucía Occidental», *Los Fenicios en la Península Ibérica* II: 263-78, Barcelona.
- BELÉN, M<sup>a</sup>. *et al.*, 1982. «Secuencia cultural del poblamiento en la actual ciudad de Huelva durante los siglos IX-VI a.C.», *Huelva Arqueológica* VI: 21-39.
- BIKAI, P. M. 1978. *The pottery of Tyre*, Warminster.
- BLANCO *et al.*, 1982. *Exploración Arqueometalúrgica de Huelva*, Huelva.
- CARRIAZO, J. DE M. y RADDATZ, K. 1960. «Primicias de un corte estratigráfico en Carmona», *Archivo Hispalense* 103-104: 333-69.
- CARRIAZO, J. DE M. 1973. *Tartessos y El Carambolo*, Madrid.
- CONTRERAS, F. *et al.*, 1983. «Un horno de alfarero protohistórico en el Cerro de Los Infantes (Pinos Puente, Granada)», *Congreso Nacional de Arqueología* XVI: 533-537.
- CUADRADO, E. 1959. «El momento actual de la cerámica de Barniz Rojo», *Congreso Nacional de Arqueología* VI: 177-197.
- CUADRADO, E. 1960. «Cerámica Astitana de Barniz Rojo», *Congreso Nacional de Arqueología* VII: 385-408.
- CUADRADO, E. 1968. «Origen y desarrollo de la cerámica de Barniz Rojo en el mundo tartésico», *V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*: 257-90.
- CUADRADO, F. 1968. «Formas nuevas de la cerámica de Barniz Rojo», *Congreso Nacional de Arqueología* XI: 470-476.
- CHAVES, F. y DE LA BANDERA, M. L. 1981. «La cerámica de boquique aparecida en el yacimiento de Montemolín (Marchena, Sevilla)», *Habis* 12: 375-82.
- CHAVES, F. y DE LA BANDERA, M. L. 1984. «Avance sobre el yacimiento arqueológico de Montemolín (Marchena, Sevilla)», *B.A.R. International Series* 193 (i): 141-86, Oxford.
- CHAVES, F. y DE LA BANDERA, M. L. 1986. «Cerámicas con temas figurativos de la Cuenca del Guadalquivir: Hallazgos de Montemolín», *Madrider Mitteilungen* 27.
- CHAVES, F. y DE LA BANDERA, M. L. 1988. «Excavación en el yacimiento arqueológico de Montemolín (Marchena, Sevilla), 1985», *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1985, II: 369-75, Sevilla.
- CHAVES, F. y DE LA BANDERA, M. L. 1989 e.p. «Problemática de la cerámicas pintadas orientalizantes y su contexto», *V Coloquio De Lenguas y Culturas Paleohispánicas*, Colonia.
- CHAVES, F. y DE LA BANDERA, M. L. 1990. «Informe de la campaña de excavación de 1987: Montemolín (Marchena)», *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1987, II: 317-27, Sevilla.
- CHAVES, F. y DE LA BANDERA, M. L. 1991. «Aspectos de la Urbanística en Andalucía Occidental en los ss. VII-VI a.C. a la luz del yacimiento de Montemolín (Marchena, Sevilla)», *II Congreso Internazionale di Studi Fenici e Punici*, Vol. II: 691-714, Roma.
- DOMÍNGUEZ DE LA CONCHA, C. *et al.* 1988. «Cerro de La Cabeza (Santiponce, Sevilla)», *Noticiario Arqueológico Hispánico* 30: 119-86, Madrid.
- FERNÁNDEZ JURADO, J. 1987. *Tejada La Vieja. Una Ciudad Protohistórica*, Huelva Arqueológica IX, Huelva.
- FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M<sup>a</sup>. D. M. 1987. *La Cerámica de Barniz Rojo del Cerro de Alarcos. Primera Campaña de Excavación: 1984*, Ciudad Real.
- GARCÍA, E. *et al.*, 1989. «Estudios sobre cerámicas ibéricas andaluzas: Montemolín (Marchena, Sevilla)», *Habis* 20: 217-43, Sevilla.
- GARRIDO ROIZ, J. P. 1970. *Excavaciones en la Necrópolis de La Joya*, E.A.E. 71, Madrid.
- GARRIDO, J. P. y ORTA, E. M. 1978. *Excavaciones en la Necrópolis de La Joya, Huelva II*, E.A.E. 96, Madrid.
- GONZÁLEZ PRATS, A. 1983. *Estudio Arqueológico del Poblamiento Antiguo de la Sierra de Crevillente (Alicante)*, Anejo I de la Revista Lucentum.
- GONZÁLEZ PRATS, A. 1986. «Las importaciones y la presencia fenicias en la Sierra de Crevillente (Alicante)», *Los Fenicios en la Península Ibérica* II: 279-302, Barcelona.
- GONZÁLEZ PRATS, A. y PINA, J. A. 1983. «Análisis de las pastas cerámicas de vasos hechos a torno de la fase orientalizante de Peña Negra (675-550/35 a.C.)», *Lucentum* II: 115-46, Alicante.
- GONZÁLEZ WAGNER, C. y ALVAR, J. 1989. «Fenicios en Occidente: La Colonización Agrícola», *Rivista di Studi Fenici* XVII/1.
- LÓPEZ MALAX-ECHEVERRÍA, A. 1979. «La cerámica fenicia del sur de España. Sus paralelos en el Próximo Oriente y Norte de Africa», *Centro de Estudios Ibero Fenicios* 1, Madrid.
- LÓPEZ PARDO, F. 1990. «Sobre la expansión fenicio-púnica en Marruecos. Algunas precisiones a la documentación arqueológica», *Archivo Español de Arqueología* 63: 7-41.
- LUZÓN, J. M. y RUIZ MATA, D. 1973. *Las Ratces de Córdoba. Estratigrafía de la Colina de Los Quemados*, Córdoba.

- MANCEBO, J. *et al.*, 1992 e.p. «La Cerámica Gris a Torno del Yacimiento Orientalizante de Montemolín (Sevilla)», *Trabajos de Prehistoria* 49: 277-93.
- NEGUERUELA, I. 1979-80. «Sobre la Cerámica de Engobe Rojo en España», *Habis* 10-11: 335-59, Sevilla.
- NEGUERUELA, I. 1983. «Jarros de Boca de Seta y de Boca Trilobulada de cerámica de Engobe Rojo en la Península Ibérica», *Homenaje al Profesor M. Almagro Basch* II: 259-79, Madrid.
- NIEMEYER, H.G. 1979. «Toscanos, campañas de 1973 y 1976 con un apéndice sobre los resultados de la campaña de 1978», *Noticiario Arqueológico Hispánico* 6: 219-258.
- ORIA, M. y MANCEBO, J. *et al.*, 1990. *El Poblamiento Antiguo de la Sierra Sur de Sevilla: la Zona de Montellano*, Sevilla.
- ORTA, E. y GARRIDO, J.P. 1963. «La tumba orientalizante de La Joya, Huelva», *Trabajos de Prehistoria* XI, Madrid.
- PELLICER, M. *et al.*, 1983. *El Cerro Macareno*, Madrid.
- PERDIGUERO, M. y RECIO, A. 1982-83. «La Loma: un nuevo asentamiento fenicio en la provincia de Málaga», *Mainake* IV-V: 111-132.
- RAMOS SAINZ, M<sup>a</sup>. L. 1990. *Estudio sobre el ritual funerario en las necrópolis fenicias y púnicas de la Península Ibérica*, Madrid.
- RECIO RUIZ, A. 1986-87. «Arqueología urbana en Málaga. Informe preliminar sobre el sondeo de San Agustín», *Mainake* VIII-IX: 129-144.
- RUFETE TOMICO, P. 1987. «La cerámica con engobe rojo de Tejada», *Huelva Arqueológica* IX: 139-150, Huelva.
- RUFETE TOMICO, P. 1989. «La cerámica con Barniz Rojo en Huelva», *Tartessos. Arqueología Protohistórica del Bajo Guadalquivir*: 375-94.
- RUIZ DELGADO, M. M<sup>a</sup>. 1985. *Carta Arqueológica de la Campiña Sevillana. Zona Sureste I*, Publicaciones de la Universidad de Sevilla, nº 80.
- RUIZ MATA, D. 1981. «El poblado metalúrgico de época tartésica de San Bartolomé (Almonte, Huelva)», *Madrid Mitteilungen* 21: 150-70.
- RUIZ MATA, D. 1986a. «Las cerámicas fenicias del Castillo de Doña Blanca (Puerto de Santa María, Cádiz)», *Los Fenicios en la Península Ibérica* I: 241-63, Barcelona.
- RUIZ MATA, D. 1986b. «Aportación al análisis de los inicios de la presencia fenicia en Andalucía Sudoccidental, según las excavaciones del Cabezo de San Pedro (Huelva), S. Bartolomé (Almonte, Huelva), Castillo de Doña Blanca (Puerto de Santa María, Cádiz) y El Carambolo (Camas, Sevilla)», *Homenaje a L. Siret (1934-1984)*: 537-56, Sevilla.
- RUIZ MATA, D. 1986c. «Castillo de Doña Blanca (Puerto de Santa María, Prov. Cádiz). Stratigraphische untersuchung einer orientalisierenden ansiedlung», *Madrid Mitteilungen* 27: 87-115.
- RUIZ MATA, D. y FERNÁNDEZ JURADO, J. 1986. *El yacimiento metalúrgico de época tartésica de San Bartolomé de Almonte (Huelva)*, Huelva Arqueológica VIII.
- SCHUBART, H. 1976. «Westphöenizische Teller», *Rivista di Studi Fenici* 4: 179 ss, Roma.
- SCHUBART, H. 1979. «Morro de Mezquitilla. Informe preliminar sobre la campaña de excavaciones de 1976», *Noticiario Arqueológico Hispánico* 6: 175-218, Madrid.
- SCHUBART, H. 1985. «Morro de Mezquitilla. Informe preliminar sobre la campaña de excavaciones de 1982 realizada en el asentamiento fenicio cerca de la desembocadura del río Algarrobo», *Noticiario Arqueológico Hispánico* 23: 141-178.
- SCHUBART, H. 1986. «El asentamiento fenicio del s. VIII a.C. en el Morro de Mezquitilla (Algarrobo, Málaga)», *Los Fenicios en la Península Ibérica* I: 59-83.
- SCHUBART, H. *et al.*, 1969. *Toscanos. La factoría paleopúnica en la desembocadura del río Vélez*, Madrid.
- SCHUBART, H. *et al.*, 1984. «Toscanos, un asentamiento fenicio occidental en la desembocadura del río Vélez. Excavación de 1971», *Noticiario Arqueológico Hispánico* 18, Madrid.
- YODIN, Y. 1960. *Hazor, II*, Jerusalem.

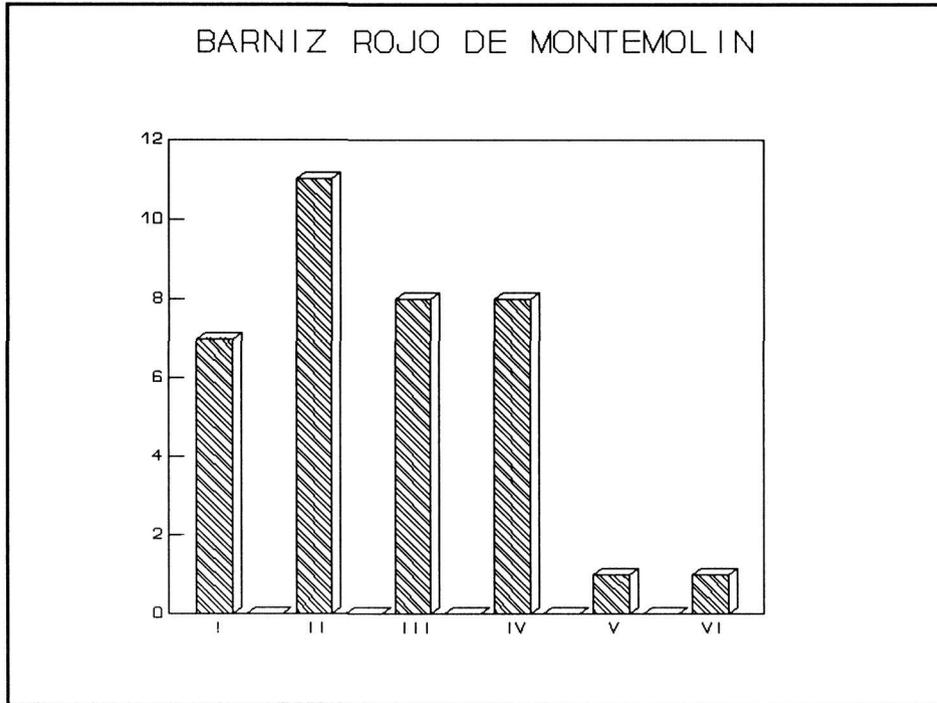


Gráfico 1. Distribución por tipos.

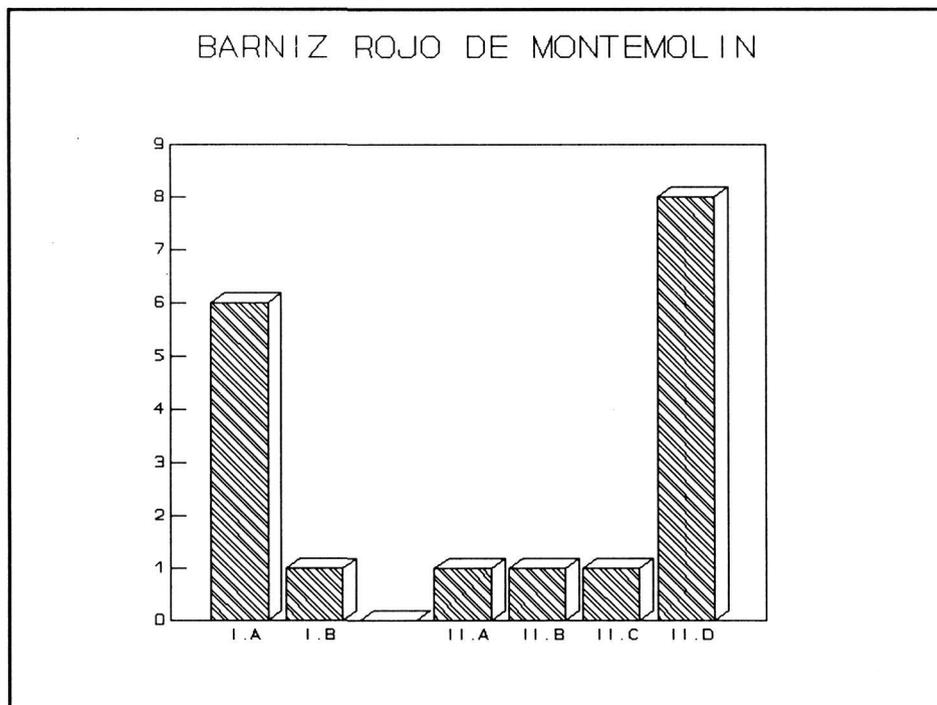


Gráfico 2. Distribución de formas abiertas.

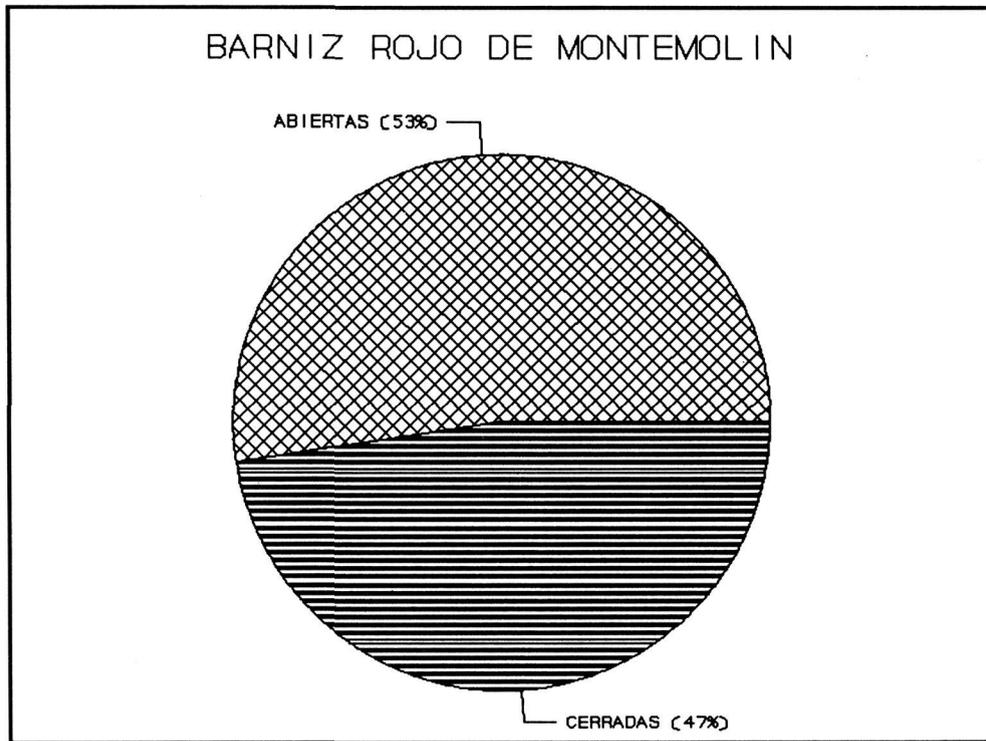


Gráfico 3. Formas abiertas-cerradas.

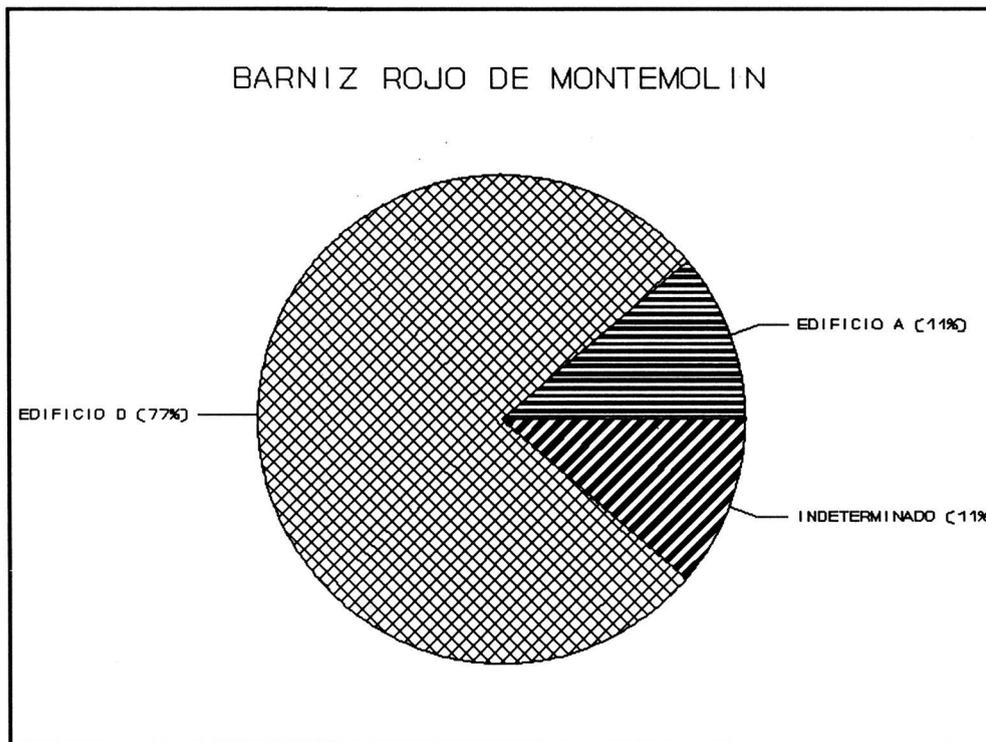


Gráfico 4. Porcentaje por estructuras.

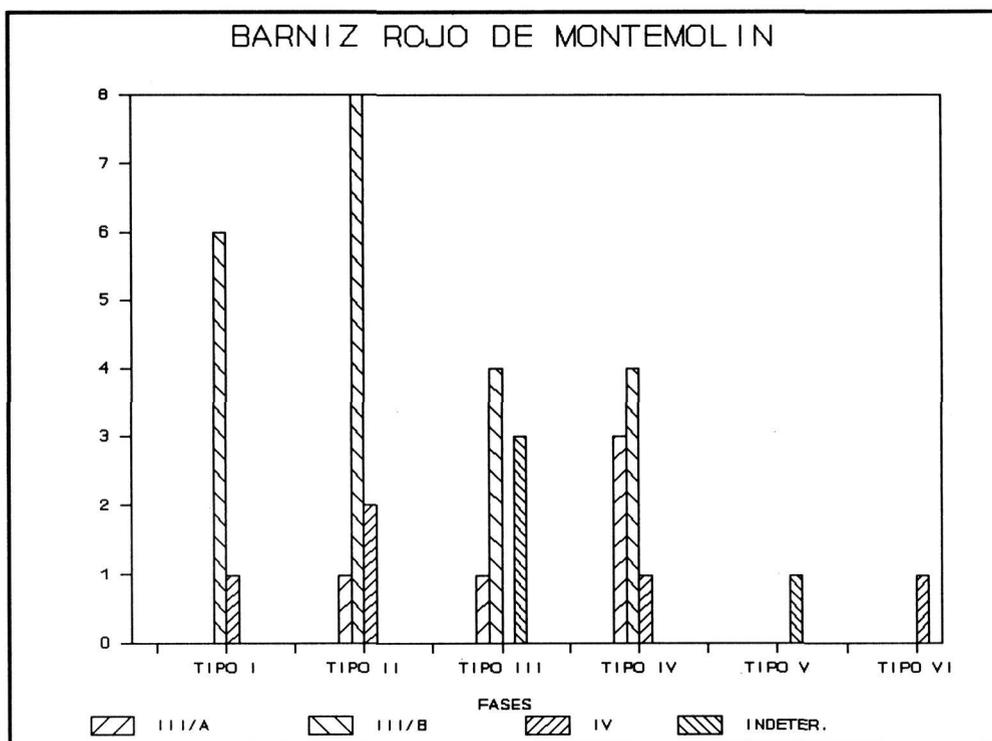


Gráfico 5. Tipos Cerámicos y Fases.

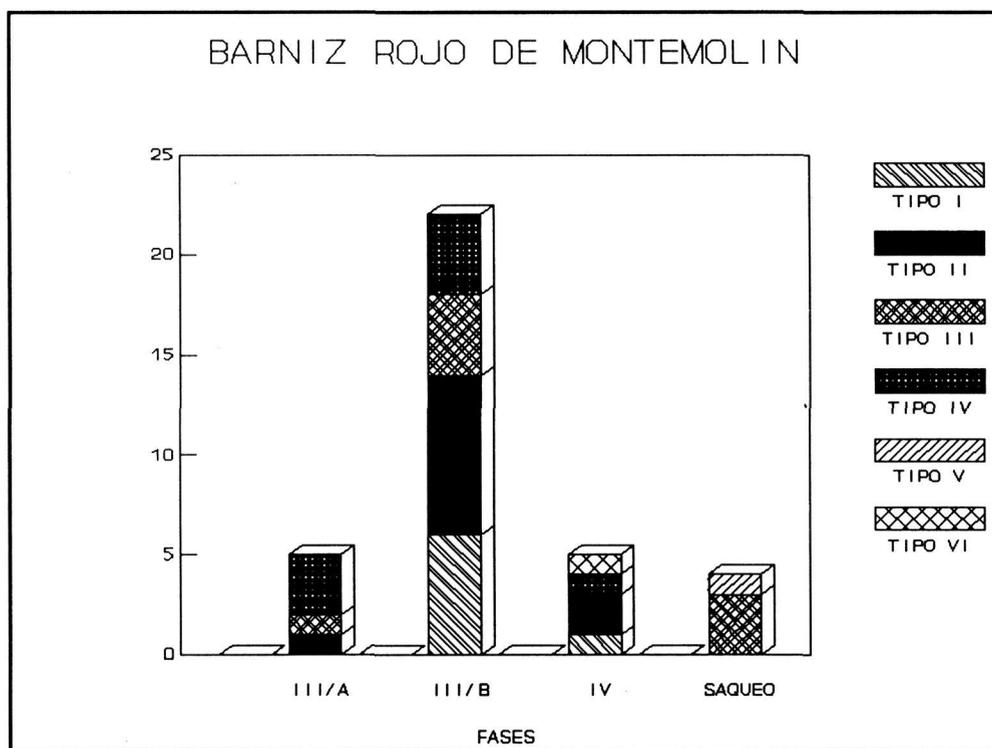


Gráfico 6. Distribución por Fases y Tipos Cerámicos.